



Universidad de Chile
Instituto de la Comunicación E Imagen
Escuela de Periodismo
Memoria de Título

Patiperros

Breves Crónicas de Estudiantes de Intercambio

Memoristas

Alexander Burchardt

Fabián Campos

Profesora guía

Ximena Póo

Tabla de contenido

Prólogo	3
Un segundo intento de intercambio	5
Vivir para querer y ayudar.....	12
Un fuerte abrazo al reencuentro	25
Quiero conocer a los chilenos	29
Un viaje estratégico.....	40
Entre Bretaña y Tongoy.....	50
Una chilena en Java	58
De Trujillo al Teniente	67
La cueca de Yassamine	74
Fútbol y fiestas	82
Epílogo.....	89
Agradecimientos	90

Prólogo

Desde que el humano es humano, la migración ha sido la respuesta a la supervivencia. El constante movimiento en busca de tierras más fértiles y benignas ha hecho que su presencia se vuelva casi omnipresente en todo el mundo. Así, la estela que ha dejado ésta milenaria marcha por todo el globo dio como resultado a un espacio cruzado por culturas en disputa o bien colaborativas.

Por ello, fijar la mirada en esos mundos que se encuentran siempre será parte de un problema y un desafío interesante y necesario, pues mediante a esta acción se desprende un poco de cómo se percibe la otredad a ojos de una cierta cultura. En otras palabras, “cómo es el otro a ojos nuestros y cómo soy yo a los ojos de ese otro”.

Así nos encontramos con quienes se desprenden de las fronteras y se adjudican el estatuto de “ciudadano internacional”, seres cosmopolitas que forjan su identidad de manera transnacional, rompiendo el lazo atribuido al suelo de una nación imaginada. No son inmigrantes, son viajeros, nómadas en busca de un destino incierto. Son acomodados, la mayoría de ellos, pero situados en un sistema movedizo en el que se sienten cómodos entre más escurridizo éste sea. El objetivo: aprender para, luego, sobrevivir en medio de unas estructuras sociales que los comenzarán a catalogar.

Ante esta figura en acenso, aparece un nuevo tipo de viajero, el o la estudiante de intercambio. A diferencia del inmigrante o del cosmopolita como tal, su viaje se enmarca en el propósito del estudio y, generalmente, viene con fecha de expiración. El grueso de estos viajeros son jóvenes entre 18 y 25 años, que salen al mundo a vivir una experiencia única.

En Chile, la tasa de estudiantes de intercambio aumenta exponencialmente cada año. Para hacerse una idea, en 2001 la Universidad de Chile registraba 800 estudiantes de origen extranjero. El 2010, el número se duplicó y en 2015, se calculó que de los 2.600 estudiantes de origen extranjero, 2.000 cursaron alguna carrera en esta universidad. También se calcula que para 2016 esta tasa aumentará en 20%.

Así, anualmente un gran número de experiencias se dan cita en todo Chile. Jóvenes que en su constante intercambio cultural interpretan a su manera la cultura chilena. En este proceso,

nacen las historias que nutren a esta memoria, realidades de jóvenes que han vivido experiencias nunca antes escritas.

Quisimos, además, ir un poco más allá y narrar historiaa de chilenos que han pisado otras tierras. Esta crónica extendida, construida por relatos breves, busca mostrar cómo lo “chileno” se transforma al encontrarse con otra cultura, cómo esta se diluye o se fortalece, cómo los estudios se vuelven una excusa para una aventura mayor que puede dar orinen, en la memoria, al “viaje de la vida”.

Episodios que parecen cotidianos cambian vidas enteras y mundos totalmente diferentes y desconocidos se vuelven destinos entre mentes jóvenes. Son estas experiencias –no es un anecdotario sino una seria de historias al estilo de los perfiles de la catalana Ima Sanchís- las que buscamos convertir en palabras a través de estas páginas que contienen distintas formar de narrar, pretendiendo ser una crónica coral como una fotografía en movimiento de comienzos del siglo XXI, cuando son pocas las certezas, los viajes se multiplican y los jóvenes se resisten, desde sus cómodas vidas, a la comodidad estructural y ajena que los condiciona en un mundo cada vez más desigual.

.

Un segundo intento de intercambio



Los intercambios suelen ser una experiencia inolvidable dentro de la etapa estudiantil, y así fue para Sonia su viaje a Australia. Lamentablemente esta francesa quedó con un sabor amargo por no involucrarse con la cultura ni las personas del país oceánico, ya que se fue con conocidos de su universidad y compartió con ellos casi toda su estadía. Por esto, ella decidió tomarse una revancha y al momento de realizar una práctica profesional se le cruza la oportunidad de viajar a Chile, esta vez sin otros franceses, sin las comodidades del primer mundo y, por supuesto, sin la certeza de nada. Es así como esta ingeniera comercial llegó a ponerse a disposición de una ONG chilena para trabajar en una curiosa carrera de autos solares por tres meses.

Sonia Perelroizen es francesa, nació en 1990 y llegó a Chile el 29 de septiembre de 2014 para realizar su práctica profesional en ONG La Ruta Solar. Ella estudia ingeniería comercial en el HEC de París y debe realizar mínimo tres meses de estudio o práctica profesional fuera de su país.

En 2012 se fue de intercambio a Australia, por lo que no necesitaba volver a salir de Francia para cumplir con los requisitos que le pedía su universidad para titularse.

En Francia, la educación escolar incluye la enseñanza de dos idiomas más aparte del materno. Generalmente son inglés, alemán o español. En los últimos años de secundaria, Sonia optó por estudiar español.

Su profesor era alto, flaco y muy conversador. Pero el detalle más importante era que estaba casado con una chilena, razón por la que en sus clases incluía muchas descripciones y experiencias de este país para traspasárselas a sus alumnos.

Así Sonia supo de la existencia de lugares como San Pedro de Atacama, las Torres del Paine e Isla de Pascua. En cuanto a gastronomía, se enteró de las empanadas, humitas, pastel de choclo y el manjar.

Ya en la escuela de negocios, continuó obteniendo referencias de Chile. Pasó tres meses estudiando el modelo económico instaurado en la dictadura de Augusto Pinochet y un año completo dedicado al estudio histórico y político de Latinoamérica.

A principios de 2014 se dieron una sumatoria de cosas que hicieron reflexionar a Sonia con la idea de viajar nuevamente. Tenía conocimientos e inquietudes respecto a Chile, una mala experiencia de intercambio en Australia porque se fue con un grupo de franceses y casi no tuvo interacción con las personas de aquel país, y debía realizar su práctica profesional. Además, se encontraba en la búsqueda de trabajar en algo relacionado a las energías renovables.

Solo faltaba algo que la hiciera llegar al país: un chileno. Sonia estaba realizando un viaje de deporte, uno de sus mayores hobbies, y frente a su carpa se quedaban varios extranjeros. Uno de ellos era santiaguino. En la conversación salió el tema de los intereses de cada uno. Este joven, rememorando nuevamente el dicho de lo chico que es el mundo, tenía un amigo que hizo su práctica en ONG La Ruta Solar.

A Sonia le interesó mucho participar de esta organización porque estaba en Chile, podía nuevamente realizar un intercambio y calzaba perfecto con sus intereses laborales. No lo dudó y contactó al director de la ONG y acordaron que haría su práctica profesional en la Carrera Solar Atacama de noviembre de 2014.

Esta organización se dedica a preparar cambios tecnológicos sustentables y difundirlos en Chile. Su mayor iniciativa justamente es la carrera de autos solares que se ha realizado en 2011, 2012 y 2014 con presencia de equipos de once países distintos que hacen vehículos eficientes y ultra tecnológicos con el objetivo de ganar un rally muy exigente en el desierto más árido del mundo.

Antes de viajar, Sonia reservó un hostel en barrio Patronato porque quería buscar un hogar definitivo con sus propios ojos. Este lugar es conocido por la venta de ropa económica traída por inmigrantes palestinos y más recientemente chinos. Para ella es muy importante conocer a las personas con las que va a vivir y las reglas que existan en la casa. Había otro requisito; no vivir con franceses para no repetir la experiencia de Australia.

El 27 de septiembre, Sonia tenía todo listo para embarcarse en un vuelo directo París-Santiago que no duraría más de 14 horas. Un paro de los trabajadores de Air France obligó a cambiar sus planes. Terminó embarcándose a última hora del día siguiente en un viaje que la llevó desde París hasta Vancouver para finalizar en Santiago de Chile tras 24 horas eternas de trayecto.

Llegó al aeropuerto Comodoro Arturo Merino Benítez sin nadie que la esperara y con una nueva sorpresa; su maleta se extravió en Canadá. Solo tenía su bolso de mano con un computador y algunas cosas personales.

Llegó a su hostel y tras algunas consultas, partió a comprar ropa a Patronato para poder cambiarse después de tan largo viaje. Al día siguiente llegó su equipaje a Santiago y ya se podía disponer a buscar un hogar definitivo. Visitó tres departamentos. En el primero ubicado en Providencia, habían dos chicas, una chilena y otra suiza, que parecían desanimadas, poco entretenidas.

Luego fue a Santiago Centro a una casa con doce personas. Allí la dueña tenía un estricto régimen que hacía parecer este hogar más un cuartel que cualquier otra cosa. No se podía

beber, no debía haber ruido entre las 22 y las 9 horas, si querías pasar la noche con un acompañante era obligatorio dejar fotocopia del carnet y pagar 4.000 pesos adicionales para que se quedará. Además de todo esto, no podías conocer a las 12 personas que habitaban la casa hasta que pagaras para vivir allí.

La tercera fue la vencida. Llegó a un departamento en avenida Santa Isabel cercano a Parque Bustamante. Encontró a un chileno y un alemán que eran muy agradables. Luego se sumó un francés y eso la hizo dudar, pero finalmente decidió quedarse allí.

Ya instalada, solo le faltaba ir a su trabajo. En ONG La Ruta Solar se hizo cargo de agilizar el proceso de resultados de la carrera de autos solares con unas infernales planillas de Excel que con solo un dato podían esclarecer posiciones de los competidores de la Carrera Solar Atacama. Fue un trabajo tedioso y riguroso que la tuvo frente a un computador por más de un mes para lograrlo.

En esto Sonia no encontró gran satisfacción. Lo que le gustó fue la gente. Le llamaba mucho la atención que todo el día sonara un parlante con unas músicas muy folclóricas y la gente pudiera concentrarse en lo suyo. Muchas veces era incómodo para ella tener esa música y hablar por teléfono o tener que ingresar datos con máxima precisión.

Lo otro que llamó su atención fue la forma de almorzar de la gente. Se reunían todos y hablaban de muchos temas y se reían a más no poder. No podía entender como hacían todo eso, sobretodo porque los chilenos comen muy rápido y vuelven a trabajar.

Sonia estuvo un mes haciendo trabajo de oficina hasta que llegó el tiempo de la carrera solar. Viajó con todo el equipo y al fin pudo tener contacto con los participantes, sus experiencias y motivaciones, entender el aporte que estos hacen al desarrollo local de las energías renovables. Sus funciones tuvieron estrecha relación con el cálculo de los resultados y esto se complejizó porque la lucha por los primeros puestos estuvo muy reñida.

La competencia de vehículos solares le demandó estar 17 días en la primera y segunda regiones de Chile. A pesar de esto, no tuvo un tiempo libre para disfrutar de los paisajes con los que a lo lejos se deleitaba. Se impresionó mucho con el cambio de color en la tierra que se produce según la altura, con los volcanes que adornaban a lo lejos la inmensidad del

desierto y con los insólitos oasis que traían vegetación en medio de la nada donde parecía que nunca había caído una gota de agua en toda la historia del planeta.

La impuntualidad de los chilenos

Sonia integraba el equipo o área Técnica de la Carrera Solar Atacama. Este grupo lo lideraba Luciano Silva, un estudiante de ingeniería de la Universidad de Chile que con su trabajo, eficiencia y manejo, no aparentaba tener los cortos 22 años que señalaba su carnet de identidad. El tercer integrante era Tomás Jordán, amigo de Luciano que casi no participó del proceso de trabajo hasta la misma fecha de la competencia.

Los objetivos del área eran ser la contraparte con los participantes, encabezar el proceso de resultados, guiar al jurado, hacer los reglamentos, las rutas y realizar revisiones técnicas para que los competidores cumplieran con estándares de seguridad en la ruta.

Por esto Sonia viajó junto a Luciano en un grupo de avanzada para recorrer por última vez la ruta antes que pasaran los vehículos solares. Para esto viajaron a Iquique y arrendaron un vehículo sedán con el cual debían recorrer más de 1.400 kilómetros en tres días con el objetivo de generar una actualización de hitos en las carreteras que fueran significativos para los competidores.

Sonia obtuvo licencia de conducir nacional pensando en que esto podría ser necesario en la carrera solar. No se equivocó, el problema es que Luciano, a pesar de tener también el documento para manejar, no tenía la más mínima intención de hacerlo. Cosa que ya habían sufrido otros integrantes de la organización en meses anteriores en otros viajes.

Comenzaron la Ruta desde Iquique hasta Calama, algo así como 436 kilómetros. Al poco andar apareció el primer inconveniente: el aire acondicionado estaba malo. Esto en pleno desierto, sumado a que debían transitar máximo a 70 km/h para ir anotando detalles de la carretera, transformó ese vehículo en un infierno.

Con el cansancio lógico de tanto manejar, Sonia llegó a cada hotel donde pararon sólo a dormir. Todo iba bien hasta que en un tramo que une Calama con Antofagasta les dio la hora

de almuerzo justo en el pueblo de Sierra Gorda. Una cuadra de casas, un colegio, un cuartel de Carabineros y el clásico restaurant donde los viajeros de la ruta paraban a deleitarse con gigantescos y económicos platos, conformaban la totalidad de construcciones de Sierra Gorda.

Entraron en el lugar, del cual Luciano habló maravillas durante todo el viaje, y Sonia pidió ensalada. Algo escaso en ese lugar y muy extraño para la mesera que acostumbraba a servir cazuelas contundentes con un postre de mote con huesillo de yapa para fidelizar a sus clientes.

Finalmente volvieron a Iquique sin novedades y con la tarea cumplida. Allí se encontraron con el resto del equipo organizador de la competencia que hace pocas horas había aterrizado en la capital de la primera región para alistar todos los detalles de la carrera.

Allí Sonia tomó las funciones de capacitar a un grupo de voluntarios que serían un tipo de jurado de fe que viajaría con cada delegación de las carrocerías participantes. Para esto la organización contrató a una iquiqueña llamada Deniss quién debía reclutar a 20 interesados y llevarlos a las capacitaciones que Sonia preparó desde Santiago.

Sonia y Deniss quedaron de juntarse a las cuatro de la tarde para conversar de los detalles de la competencia e ir al Mall Zofri a comprar relojes cronómetros para el grupo de jurados de fe. Los minutos fueron pasando y Deniss nunca llegó. Recién a las ocho de la noche se comunicó y dijo que tuvo un problema pero que se juntaran al otro día. Sonia no lo podía creer.

A la mañana siguiente quedaron de encontrarse a las nueve en punto y nuevamente Deniss no llegó. Intercambiaron mensajes de texto y quedaron de reunirse a las dos de la tarde. Mientras Sonia quedó sin labores y muy preocupada porque nadie le daba garantías que esos 20 voluntarios existieran tras dos días de intentos fallidos de juntarse con la encargada de reclutarlos.

Finalmente se encontraron y conocieron a las dos de la tarde con cuarenta minutos, Sonia lo encontró insólito a pesar que ya sabía de los retrasos de los chilenos. Conversaron y partieron velozmente a comprar al mall. Volvieron justo a las cuatro de la tarde, hora en que debían

recibir a los 20 voluntarios que, como ya era una tradición no habían llegado y no lo harían hasta veinte minutos después.

A pesar de estas reiteradas impuntualidades que escandalizaron a Sonia, la capacitación se realizó con éxito y la francesa logró cumplir con sus labores previas a la Carrera Solar Atacama, claro que muy justo en el tiempo y con una gran impresión por poco respeto al horario que se tiene en Chile.

¿Trabajo de periodista?

Tras sus funciones previas y durante la Carrera Solar Atacama, Sonia debía seguir por un mes más en la organización. Sus labores no eran claras, puesto que debía hacer un informe de su práctica y cerrar el proceso de resultados finales digitalizando algunas planillas de resultados. Tras unos días de descanso, Sonia volvió a la oficina y se encontró con que su jefe directo Luciano estaba de vacaciones y Tomás, el compañero del equipo, no se aparecía a llevarle las planillas de resultados para digitalizarlos. A pesar de que lo llamó insistentemente, este muchacho nunca apareció.

Con esta situación, otra vez los chilenos cometiendo irresponsabilidades, se dedicó a hacer su informe y a estar en internet para que el día avanzara más rápido. Viendo esto, Fabián, el encargado de comunicaciones, le pide al director de la ONG si Sonia podía pasar a colaborar medio día a su equipo para realizar el clipping de notas de la Carrera Solar Atacama.

Sonia con su habitual buena disposición y efectividad, asumió positivamente esta nueva labor. Debía revisar notas de prensa, ver la presencia de los auspiciadores en el texto escrito, videos y fotografías. Esta labor al perfeccionarla, le llegó a tomar dos minutos por cada artículo analizado.

Sonia rápidamente pasó de hacer 20 registros a 40 y hasta 80 en media jornada. En su colaboración total, registró algo más de 700 noticias de las 1.741 que lograron anotar las tres personas que trabajaron en ese cometido.

Tras realizar esta labor, extraña y lejana a sus competencias profesionales, Sonia emprendió rumbo a Torres del Paine tras cuatro meses de trabajo, comenzó sus verdaderas vacaciones por Chile y el sur de Argentina.

Vivir para querer y ayudar



El diseño industrial es una carrera que permite soñar a las personas con plasmar cualquier cosa que esté en sus mentes. Con esta ilusión, Patricia Campos, chilena, se matriculó en la Universidad de Chile para estudiar esta profesión. Entre los laboratorios antiguos de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo, ubicados al costado del Parque San Borja en Santiago, esta joven descubrió cómo con su ingenio y capacidades podía ayudar a distintas personas a solucionar un sinnúmero de inconvenientes que a diario complicaban sus vidas.

En medio de esta etapa universitaria, surgió la oportunidad de estudiar por un semestre en San Luis de Potosí, República de México. Viajó junto a su novio, también diseñador industrial y obtuvieron diversos aprendizajes que hoy marcan su enfoque profesional y sus valores como personas y pareja.

Patricia Campos es chilena. Nació en 1986. Estudió diseño industrial en la Universidad de Chile desde 2007 hasta 2013. Viajó de intercambio estudiantil en 2009 a la Universidad Autónoma San Luis Potosí en México. Se trasladó por el primer semestre de su tercer año académico junto a su novio Ignacio Anaiz.

Cuando entró a la universidad, encontró una papeleta en la cafetería que decía “estudia en Italia, ándate de intercambio”. Desde ese instante se plantó en ella la semilla de estudiar fuera de Chile.

En segundo año conoció a Ignacio, su pololo, que también estudió diseño industrial con ella. Llevaban poco menos de un año y Patricia postuló de manera secreta para ver cómo se iba. Todo salió bien y la aceptaron en México.

Como ya estaba todo listo, no temió a lo que le dijera su pareja y estaba decidida a irse sola. Lo que sucedió es que Patricia convenció a su novio de tomar esta opción. No fue fácil porque Nacho estaba con muchos proyectos, pero como también tuvo una exitosa postulación, se motivó a viajar, pero se preocupó de poder seguir conectado con Chile.

La gripe Porcina

El virus H1N1, más conocido como la gripe “Porcina” por ser una cepa de gripe que comúnmente contraen los cerdos, nace en un pueblo lejano de México que se llama San Luis Potosí. Allí Patricia Campos se encontraba de intercambio el año 2009 junto a su novio Ignacio Anaiz, más conocido como Nacho. Ambos jóvenes estaban en la Universidad Autónoma de San Luis de Potosí durante un semestre, donde le dieron continuidad a sus estudios de Diseño Industrial realizados en la Universidad de Chile.

Patricia viajaba junto a su novio hacia Puerto Vallarta para asistir al casamiento de Daniela Becerra, mexicana con la que vivían en San Luis de Potosí. Iban camino a la ceremonia y posterior fiesta con amigas de la novia en una van pasándolo bien, conversando de todo, bromeando y escuchando música.

A unos 20 minutos antes de llegar, cuando ya se veía la playa, una amiga dice: "¿Supieron que hay un virus que llegó y que está muy peligroso en San Luis?". Las demás le decían que debía ser una tontera, pero ella insistió diciendo que la información la vio en la televisión y que la estaban difundiendo por todos lados. En realidad, nadie pareció darle importancia al tema y quedó como un comentario más del viaje.

Una vez en el hotel, se acomodaron en su habitación, salieron a conocer las instalaciones y alrededores. Era un lugar hermoso, un mar celeste turquesa y playas de arena blanca. Luego de un rato, Patricia y Nacho llamaron a Chile para hablar con su familia, algo que hacían bastante a menudo para saber de los suyos.

Los padres desde Chile les dijeron que llevaban dos días tratando de comunicarse porque veían noticias con gente muriendo debido a una gripe a la que denominaban como Porcina. Los muchachos lograron calmarlos, les dijeron que no pasaba nada y que no habían contestado porque estaban viajando a un casamiento y que después de eso se comunicarían nuevamente.

La boda estuvo espectacular, todo lindo con la novia que estaba embarazada y su ahora esposo vestido muy elegante. Fue genial disfrutar en ese lugar la fiesta y el fin de semana en la playa.

Pasaron dos días y Patricia llamó a su papá por Skype. Las informaciones y las cosas en Chile empeoraron. Los administrativos de la Universidad de Chile llamaron a la familia para ofrecer pasajes gratis de vuelta para sus hijos. Los muchachos no querían volver, menos por algo que parecía más una exageración que realidad porque en México reinaba la calma, al menos en Puerto Vallarta.

Los padres en Chile estaban desesperados y amenazaron con ir personalmente a buscarlos si no volvían de inmediato. Finalmente, tras largas discusiones, quedaron en que Patricia y Nacho averiguarían el real estado de las cosas una vez que estuvieran de vuelta en San Luis de Potosí para tomar una decisión.

Nacho se contactó con Guilmar, otro amigo mexicano de 25 años que llegó a vivir a la casa de Daniela Becerra junto a ellos en San Luis Potosí por motivos laborales. Él es oriundo de Guadalajara y su mamá trabaja de enfermera. Al llamarlo, inmediatamente les ofreció

quedarse en su casa hasta que pasara la enfermedad. En ese momento, recién entendieron que el tema era grave.

Tomaron la decisión de viajar de vuelta a San Luis desde Puerto Vallarta con la idea de arreglar sus cosas e irse a Guadalajara con Guilmar. Al llegar a la ciudad, se encontraron con las calles vacías. La poca gente que andaba estaba con mascarillas, era sorprendente, parecía un desalojo total de la ciudad, estaba todo muerto.

En su camino, pasaron por el hospital y había colas gigantes de personas esperando resultados de exámenes. Y lo demás estaba todo cerrado, vacío y muerto. Viendo eso Patricia se comenzó a sugestionar, le picaba la garganta y estornudaba, pero al rato se le olvidaban los síntomas.

Se suspendieron las clases, así que se pusieron a ordenar sus cosas rápidamente para partir a Guadalajara. Los jóvenes chilenos comenzaron a evaluar la opción de volver al país cuando se encontraron con ese impactante escenario en San Luis de Potosí. Patricia se puso en contacto con la Universidad de Chile para preguntar qué pasaba con sus ramos si volvía. Le respondieron que no podían convalidarlos por quedar inconclusos y que debía hacerlos nuevamente en Chile.

Con esa respuesta, Patricia llamó a su papá más decidida y le dijo que no volvería y que mientras tanto estaría en Guadalajara a la espera de que la enfermedad pasara rápido. Nacho hizo lo mismo. Pero sus padres realmente querían ir a México a buscarlos.

Antes de partir a Guadalajara, decidieron llamar al resto de estudiantes de intercambio de la universidad para saber qué estaban haciendo con el problema. Varios viajaron a otras ciudades y los españoles se habían devuelto a su país. Todos pretendían estar encerrados por semanas en sus casas, mientras que Patricia y Nacho no se lo tomaban tan a pecho, pensaban que era un simple virus, que no podía ser tan grave.

Investigaron sobre qué sucedía con la enfermedad y se dieron cuenta que un problema grave era que en los hospitales se demoraban mucho tiempo en tener los resultados de los exámenes. Aunque existía la opción de ir a un laboratorio donde el proceso era rápido y te daban remedios. Esa espera generaba un pánico total en la gente.

Tomaron un bus que viajó 354 kilómetros hasta llegar a Guadalajara. Se instalaron en la casa de Guilmar que los estaba esperando junto a su madre la enfermera. La profesional de la salud les pidió encarecidamente que no salieran hasta que ella les dijera, todo por precaución. Los muchachos entendieron que debían hacer caso, sobre todo si quien les advertía era una persona que estaba trabajando en contacto directo con la enfermedad en un hospital.

Mientras la madre de Guilmar salía y trabajaba a diario, los muchachos comían, veían películas y descansaban. Era como estar de vacaciones de invierno con lluvia, tiempo para aprovechar de dormir y engordar. Los fines de semana, cuando no trabajaba la dueña de casa, salían los cuatro a lugares fuera de la ciudad, pero cercanos para distraerse y conocer.

La casa era pequeña así que todos se instalaron en la pieza de Guilmar. El obvio problema de espacio aumentó cuando una argentina, amiga de San Luis de Potosí llegó a la casa porque no tenía donde estar mientras pasaba la enfermedad. Ahora en la pieza de tres por tres habían cuatro durmiendo.

Y fueron pasando los días junto con la intensidad y gravedad de la enfermedad. Las autoridades indicaban que la gente podía salir a las calles, pero que para la seguridad de todos debían utilizar mascarillas. Después de tres semanas encerrados, los muchachos aprovecharon que se abrió la primera disco en Guadalajara y se prepararon para salir de fiesta.

Entraron a un local refinado donde todas las mujeres estaban muy elegantes, con vestido, tacos, peinados, maquillaje y su adorno estrella: la mascarilla. Llegaba el mesero a atenderles y estaba con su mascarilla. Patricia pensaba que era una estupidez porque al fin de cuentas si te ibas a pegar el virus, esa mascarilla no te iba a defender de nada.

Todo parecía estar más en calma en la ciudad y a nivel país. Los chicos se encontraban descansando en una casa que Guilmar y su madre tenían en la playa y Nacho comenzó a tener fiebre. La escena ofrecía una playa paradisíaca, un muchacho enfermo tirado en una hamaca, mucho sudor, y una joven que le instalaba paños húmedos en distintas partes de su cuerpo.

El último ingrediente, y quizás el más trascendente era una botella de tequila y un pequeño vaso que cada cuanto el enfermo bebía como si fuese su salvación. El resultado fue impresionante, al otro día despertó como si nunca hubiese tenido nada. Creyeron encontrar la cura al virus que tuvo con miedo a todo el continente.

Durante las tres semanas que Patricia estuvo en Guadalajara, el contacto con sus papás fue diario. La primera semana su viejo estaba muy enojado, le decía que le estaba dando una orden, que se devolviera. La respuesta constante fue un no porque de irse perdía los ramos. A esto se le sumaba todo lo que había luchado para tener esa oportunidad. Dado que esa respuesta fue constante y nunca demostró dudas o matices, los padres aceptaron que su hija no volvería.

Cuando todo retorno a casi la más absoluta normalidad, la Universidad Autónoma de San Luis de Potosí contactó a sus alumnos para que volvieran porque se reiniciarían las clases. Tras la gripe Porcina, los alumnos solo tendrían un mes para terminar el semestre, algo que generó gran estrés en todos los alumnos, menos en los chilenos que ya estaban habituados a las movilizaciones, paralizaciones y tomas que obligaban a dar cierres exprés a los años académicos en su Universidad de Chile.

Proyecto en el Teletón de México

Patricia se mostró interesada en este intercambio estudiantil en México para poder aprovechar la parte práctica y los talleres que se realizaban en la universidad de San Luis de Potosí, según supo averiguar antes de tomar la decisión de viajar. En Chile, la parte fuerte de su enseñanza fue teórica y encontró en este viaje la oportunidad perfecta para complementar y potenciar su aprendizaje.

En ese sentido la Gripe Porcina fue compleja porque redujo el semestre y a la vuelta debieron hacer las clases muy resumidas. Para terminar un ramo, Patricia planeó hacer un proyecto con la Teletón de México que trataba de hacer unas órtesis (en palabras simples son férulas que ayudan a las personas que sufrieron diferentes traumatismos en su cuerpo a tener un mejor desplazamiento y mejorar su calidad de vida).

Más allá de una obligación académica, este trabajo fue tomado con mucho sentido porque le llegaba de cerca a Patricia. Su madre es podóloga y siempre llevó a su hija a ver su trabajo donde conoció el tema de las órtesis y la ayuda que éstas le daban a las personas.

A esta experiencia familiar se le suma la amistad de Patricia con Camila, una alumna de Diseño Gráfico en la Universidad de Chile que ocupa férulas. Ella tiene un problema complejo que, según investigaciones, solo le permitiría vivir hasta los 35 o 40 años.

La universidad le exigía a Patricia hacer un proyecto individual donde debía realizar el proceso, documentarlo y entregar el producto final junto con toda la parte gráfica. Esto la llevó a la Teletón de México, específicamente a una sede que se encontraba a las afueras de San Luis de Potosí.

Con todo esto claro, Patricia tomó un bus que la llevó por más de una hora y media a través de una camino de tierra hasta la Fundación Teletón o “al” Teletón como le dicen en el país azteca. Sin previo aviso ni contacto preguntó dónde estaba el área de órtesis, allí encontró a un viejito amable que era el técnico encargado del taller.

La acogida fue muy positiva, hablaron un rato y Patricia le contó que tenía un mes y medio para realizar su proyecto. La idea era rediseñar una férula y aportar con esto a la fundación. Todo se dio bien en la conversación y quedaron de acuerdo para trabajar en las instalaciones.

Tras esto, Patricia se fue a la sala de espera para averiguar qué problemas tenían los pacientes que asistían a ese centro de apoyo. Tras varias conversaciones con personas que tuvieron accidentes, enfermedades, malformaciones u otros eventos, se decidió por tomar un caso de un niño de nueve años llamado Miguel.

Miguelito es muy flaco, pelo castaño, 1,20 cm. de altura, ojos chinos y bien callado, tenía un parecido al niño de la película Inteligencia Artificial. Estaba ahí porque cuando pequeño tuvo una poliomielitis (enfermedad viral infecciosa que afecta al sistema nervioso) y sus músculos quedaron débiles, por lo que tenía que ocupar estas férulas para caminar y tener apoyo.

Su madre le contó a Patricia que al niño le transpiraban mucho los pies y que por su crecimiento debían cambiarle la órtesis frecuentemente por su aumento de talla. Estas tecnologías son caras, pero en este caso, Teletón se las proveía gratuitamente.

Tras ver los problemas de los pacientes y tomar el caso, quedaba inmiscuirse en el proceso productivo de la férula. El taller es una sala donde primero atienden al paciente y le toman los datos, después hay otra parte con una persona que tiene una especie de horno donde él

mete un plástico con el molde de la pierna del paciente y luego la cortan a su medida. El lugar está repleto de muchos pies de yeso blanco con números y fierros.

Con unas bandas le sacan el molde a la persona y luego lo rellenan, lo que da como resultado un pie de yeso. Esto después se ocupa para hacer el molde que se mete a un horno caliente, lo derriten, queda como chicle, y después se le aplica una bomba de vacío que chupa el aire. Para finalizar el proceso, se corta lo obtenido de la forma adecuada al paciente.

Patricia trabajó en dos aspectos; atender el caso que tomó y esto lo hizo aplicando un molde con su propio pie para poder trabajarlo y darle una solución al caso, y también analizó el proceso de trabajo dentro del taller donde se dio cuenta de un gran desorden del personal y flujo de atención con los pacientes.

Para ir a Teletón tuvo que hacerse amiga de los “viejos” que atendían. No era legal entrar sin ningún permiso escrito, pero la simpatía de una niña chilena con ganas de ayudar le facilitó las cosas. Los mexicanos encontraban muy raro que un chileno estuviera en ese lugar de México que no es el más requerido por los visitantes o estudiantes de otras partes del mundo. Esta ilegalidad para trabajar la obligó a coordinar horarios con la gente del taller y a hacer muy breves y efectivas sus visitas.

Patricia trabajó en la férula y creó una que se puede dividir en dos partes, e intercambiar solo la parte de abajo cuando se produce un crecimiento en la extremidad del paciente, lo que ahorra costos de manera significativa. Por otra parte, lo que más le dio valor al taller fue la propuesta de cómo debían disponer las máquinas y cuál era flujo de atención con los pacientes para que fuera ordenado, más rápido y con una mejor atención. Eso tuvo una gran acogida en Teletón y lo implementaron de inmediato.

Sobre el niño, quedó el prototipo del pie hecho y, como solo pudo estar un mes en eso, se perdió el contacto con el paciente y con la gente de Teletón.

En la universidad el trabajo fue bien valorado por el profesor de la asignatura, pero no sin antes sufrir un poco, puesto que en la presentación de proceso Patricia realizó un informe resumido explicando los pasos de la experiencia, junto a un análisis y resultados que obtuvo. Situación no acostumbrada ni valorada por los académicos de su universidad en México que preferían los informes gigantes que incluyeran historia prácticamente bibliográfica

relacionada al caso de estudio. Fue catalogada con un rojo en la presentación, pero pidió una segunda oportunidad, hizo la recopilación histórica que se le pedía y aprobó el ramo.

Un mes para viajar

Un viaje de intercambio tiene como característica que se destina un tiempo para viajar por el país visitado para conocer sus mayores atractivos. Esto generalmente se realiza durante los fines de semana, feriados y al finalizar los semestres en las universidades. Patricia e Ignacio planearon viajar al sur de México donde está la Rivera Maya, Cancún y Las Pirámides, entre otras cosas.

Una vez terminado y aprobado el semestre, se fueron al sur. Para esto compraron un mapa y armaron su ruta, donde marcaron poblados pequeños de tránsito para llegar finalmente a la Rivera Maya. Junto al recorrido de su travesía, también ordenaron su presupuesto. Tenían la misma cantidad de dinero que utilizaban en un mes normal, pero debían gastarlo en un lugar turístico donde los valores son más elevados.

Tras muchos cálculos, llegaron a la conclusión que podrían comer una vez al día, comprar una botella grande de agua para combatir la deshidratación que les generaría las largas caminatas que les esperaban. Por supuesto que los recursos para carretear estaban contabilizados.

En la universidad conocieron a alumnos de Yucatán, Estado donde están todos los atractivos que querían visitar. En este lugar tienen bandera propia e himno propio, se sienten separados de México. Su gente es muy dada a la vida en comunidad, están lejanos a los vicios del mercado como el individualismo, el egoísmo, entre otros. Así que invitaron a Patricia junto a su novio a visitarlos cuando viajaran al sur del país tras su semestre en la universidad.

Y los chilenos así lo hicieron. Llegaron y los recibió una familia con mucho cariño. Los incluyeron dentro de su vida cotidiana, eran como otros hijos en ese hogar. Este estilo de vida es muy similar al que Patricia y Nacho llevan en Chile donde son muy cercanos a sus abuelos,

las reuniones se enfocan en torno a la comida y son muy de piel, afectivos. Esto le llenó al alma a Patricia que no esperó que la gente la recibiera así siendo que no la conocían.

Tras unos días, emprendieron viaje y se internaron en la región. Conocieron a una pareja de suecos llamados John y Molly. Juntos fueron avanzando cada vez más hacia el interior.

Patricia no hablaba mucho inglés en ese tiempo, cosa que la complicó para comunicarse con los suecos. Nacho las oficiaba de intérprete en el grupo. En un carrete, Patricia y Molly hablaron toda la noche en torno a los tequilas tan típicos del país azteca.

Al otro día, el sol despertó a Patricia y el dolor de cabeza le hizo recordar la noche anterior. Nacho, ya despierto la mira y se ríe. Tras un rato le preguntó sorprendido si le había visto el tarot a Molly, porque la sueca le contó que Patricia le acertó a muchas cosas. Lo que realmente pasó es que el alcohol desinhibió a Patricia, pero su inglés la traicionó porque lo que ella hizo fue hablar de su vida, en ningún caso hizo alguna lectura de tarot o algo parecido, porque además no sabe hacerlo. Eso sirvió para que la barrera del idioma y la vergüenza fueran desapareciendo.

Avanzaron los días y lo que empezó como un chiste se transformó en una costumbre. Debido a los pocos recursos que tenían, los chilenos comenzaron a comer el limón de pica que los mexicanos ponían de acompañamiento para sus comidas, mientras esperaban su desayuno o plato diario que tenían presupuestado para comprar. Comían y comían limón con sal para llenar su estómago. Después de eso venía un clásico; Nacho pedía tallarines con salsa pensando en sus largas caminatas y Patricia una hamburguesa gigante con mucho picante que la dejaba sin apetito hasta el otro día.

En un momento los chilenos quedaron sin plata porque no encontraron cajeros en los apartados poblados que estaban recorriendo. Por suerte para ellos, la pareja sueca se ofreció a prestarles dinero hasta que llegaran a una ciudad.

Tras una semana viajando juntos, Patricia y *Nacho* debían llegar a la casa de Rodrigo, un compañero mexicano que conocieron en la universidad. Para esto tomaron un bus junto a los suecos donde debían atravesar un tramo peligroso porque grupos paramilitares acostumbraban a asaltar viajes de turismo en medio del camino.

Tomaron un bus conociendo este rumor de los asaltos. En general el clima era de preocupación entre todos los pasajeros, en su mayoría extranjeros de habla inglesa. Para distender el ambiente, Patricia y *Molly* comenzaron a bromear con distintas cosas. De pronto la sueca sacó un tampón desde sus cosas personales que era de un tamaño minúsculo. Comenzaron a bromear con esto porque los que venden en Chile son gigantes, innecesariamente grandes comparado con los europeos que eran del porte de la mitad de un dedo pulgar.

Llegó la noche y se durmieron en medio de la oscuridad de la selva, el constante zigzaguo y saltos que daba el bus por el sinuoso y arruinado camino el que andaban. A eso de las tres de la mañana, el bus se detiene y se escuchan gritos. Toda la gente se despertó rápidamente y vieron a unos pequeños niños vestidos de militares con unas metralletas casi de su tamaño que les pedían, o más bien los obligaban a descender.

Tras esto, sacaron todas las maletas de los pasajeros y se pusieron a revisarlas una por una para sacar cosas de valor. La gente estaba asustada, pero todos obedecieron la instrucción de quedarse en calma y no armar alboroto, lo que evitó la violencia.

En un momento, abrieron la maleta de *Molly* y encontraron el tampón diminuto. Le preguntaron insistentemente que era, pero el malísimo y nervioso español con el que la sueca intentó responder hizo que *Nacho* interrumpiera y actuara nuevamente como traductor. Lo cierto es que los niños que jugaban a ser militares, no entendieron mucho y pensaron que era una especie de consolador o algo por el estilo. Comenzaron a hacer bromas al respecto y a jugar con el tampón. Luego hicieron subir a toda la gente al bus y siguieron revisando las maletas. Tras unos veinte minutos, le dijeron al chofer que se fuera. Al llegar al destino, los pasajeros descubrieron que muchas de sus pertenencias tecnológicas habían sido robadas como cámaras de fotos, tablets, celulares, entre otros.

Lamentablemente a *Molly* le robaron su cámara de fotos y los documentos. Patricia y *Nacho* les ofrecieron a sus amigos suecos ir a la casa de Rodrigo que los esperaba. Llegaron y le explicaron el problema. Por suerte, la familia no tuvo ningún problema en recibir a los cuatro visitantes a pesar de que solo debían llegar dos.

Molly fue a la embajada sueca para solucionar el tema de sus documentos, tras un par de días le dieron respuesta y los europeos continuaron su viaje.

Patricia y *Nacho* se quedaron unos días con la familia de Rodrigo y luego partieron nuevamente a conocer algunos lugares cercanos para volver a pasar sus últimos días en México con la familia de su compañero de universidad. Las circunstancias nuevamente unieron a los chilenos y a los suecos, esta vez en una playa nudista en Zipolite. Se alojaron en un hostel con vista al mar. Desde lejos se visualizaban muchos cuerpos y cuando les daba el sol, se veía claramente que estaban desnudos. Para Patricia no fue cómodo ni natural desnudarse en la playa. Partió a caminar con Nacho a un lugar más alejado para ir olvidando la vergüenza. Tras unos minutos de tránsito y ya muy alejados de la multitud, Patricia comenzó a sacarse la ropa. En ese instante se escuchan gritos de lejos que decían: “guachita”. Rápidamente se tapó y se sonrojó. Resulta que los estaban observando unos maestros de la construcción que trabajaban en un edificio al costado de la playa, los muchachos se sintieron como en Chile.

Finalmente, decidieron ir a la playa de noche donde se bañaron desnudos en aguas tibias y el pudor se ocultó en la oscuridad de aquella jornada. Tras esta experiencia, se despidieron definitivamente de sus amigos suecos y emprendieron regreso donde su compañero Rodrigo. Se alojaron un par de días allí donde nuevamente sintieron esa sensación de gratitud y cariño en aquella familia. Patricia cumple años los 8 de junio, exactamente el día en que debían volar a Chile. Por lo que el 6 de ese mes la familia de Rodrigo organizó una fiesta sorpresa junto a Nacho que sacó a su novia a pasear todo el día para volver alrededor de las ocho de la noche a la casa de su amigo.

Entraron a la casa y mucha gente gritó ¡Feliz Cumpleaños! mientras comenzaron a cantar las mañanitas a Patricia. Tenían preparada una piñata de la Chilindrina, personaje clásico y típico de la serie mexicana El Chavo del 8, además de mucha comida típica e invitados del pueblo. Instalaron mesas afuera de la casa y se pusieron a celebrar, Patricia se emocionó mucho y no podía creer como existía gente tan cariñosa.

Cayó la noche y los chicos se fueron con Nacho, mientras que las chicas salieron con Patricia. Ellas llegaron a un local nocturno para homosexuales. Presenciaron un entretenido espectáculo de un travesti que hacía humor con la gente del lugar. Las mexicanas señalaron

que fueron a ese lugar porque los shows para gays eran más decentes y con mejores exponentes que los que se hacen para heterosexuales.

En el lugar, un hombre musculoso y prácticamente desnudo llevó a Patricia al escenario, la hicieron tomarse una cerveza Corona “al seco” mientras un bailarín la rodeaba y la toqueteaba por todos lados. Las mexicanas gritaban como locas. A Nacho también lo llevaron a un local donde vivió una experiencia similar. Ese fue el último carrete de los chilenos en México.

Al otro día partieron temprano al terminal de buses para viajar a Ciudad de México y tomar vuelo a Santiago de Chile. Una multitud de dos familias de amigos de la universidad los acompañó. Antes de partir, les dieron regalos y los despidieron con pañuelos blancos. Patricia se fue en el bus haciendo pucheros y prometiéndose que no olvidaría el cariño de toda esa gente que sin conocerla la hizo sentir como una más de su familia.

“Nunca me esperé que la gente nos recibiera así con tanto cariño en sus casas y sin conocerte. Después, cuando volvimos a Chile, intenté hacer lo mismo acá. De hecho recibía a extranjeros que se vinieron a estudiar arquitectura y se quedaban en mi casa. Ya que no les podía agradecer a los mexicanos directamente, lo hice así. Cambió mi forma de relacionarme con todas las personas en cada ámbito de la vida”, reflexiona ahora, a años de esta experiencias que marcó sus vidas.

“Nos pasó con *Nacho* –recuerda- que nos sentíamos en un estado completamente distinto, donde nada podía ser tan grave. Estás aprendiendo, conociendo otro país, a otras personas y te logras conectar con otra cotidianidad con un sentimiento de apertura a recibir y percibir absolutamente todo lo que sucede alrededor. No estás pensando en reventarte disfrutando como uno lo hace en las vacaciones, pero tampoco caes en ponerte de mal humor por cualquier cosa como sucede en Chile. Es fantástico y único”.

Un fuerte abrazo al reencuentro



Anais Radelli es una joven franco italiana que a lo largo de su vida vivió por muchos países debido al trabajo de su padre. Conoció México a temprana edad, lo que le dejó un grato recuerdo. Al presentarse la oportunidad de viajar a Chile a estudiar, no lo dudó por la asociación que hizo con su niñez. Dos razones más respaldaban esta decisión, que en el país se encontraba su nana de infancia, una de las primeras personas que la cuidó en su vida y con la cual nunca perdió contacto. Por otra parte, sus estudios de Ciencias Políticas la hicieron conocer en profundidad el modelo económico de los Chicago Boys instaurado durante la dictadura de Augusto Pinochet, motivo que académicamente se tornó muy atractivo a la hora de decidir en qué país realizar un intercambio, que en la Universidad de Sciences Po Paris es obligatorio para sus matriculados.

Anais Radelli es franco italiana. Nació en 1994 y viajó de intercambio a Chile por todo el año 2013. Desde pequeña tuvo contacto con la lengua española, por lo que el idioma no fue una barrera para su integración en Chile.

La familia de Anais Radelli vivió en muchas casas durante su vida. Su padre italiano, se desempeñaba en política, lo que hacía que los cambios no fueran en la misma ciudad o en distintas regiones, sino que por distintos países. Vivieron en Italia, Francia, México y Bélgica, por contar algunos.

En este último, el país que tiene tres idiomas oficiales, fue donde Anais se cruzó con una chilena. María, asesora del hogar, se encontraba en Bruselas luego de probar suerte por distintos países del viejo continente. Esto fue justamente lo que la hizo entrar en la casa de los Radelli. Sus años en Italia la dotaron de un buen manejo del idioma, cosa que el padre de Anais privilegió para contratar a la nana que cuidaría de su niña en Bélgica.

Fueron tres años en que María pasó a ser mamá y papá de Anais. Los padres tenían poco tiempo para estar con su hija por el trabajo. Aparte del cariño y cuidados que la nana entregó, también compartió con la niña un poco de su adorado Chile. Era común que en la casa se hiciera cazuela y en ciertas ocasiones se prepararon platos típicos como empanadas y pastel de choclo.

Pasó el tiempo y nuevamente los Radelli cambiaban de casa. María y Anais se separaron físicamente. Aunque siguieron en contacto con cartas y luego con la ayuda del internet que se instaló masivamente a finales de los noventa.

Anais siguió viajando por distintos países, hasta que se instaló definitivamente en Francia. Allí terminó su etapa escolar y entró a la Universidad de Sciences Po Paris ubicada en la pequeña ciudad de Poitiers donde viven noventa mil personas. Hoy es un pueblo apacible que es conocido por su escuela de ciencias políticas, pero que fue escenario de una de las derrotas más dolorosas para Francia en la Guerra de los Cien Años que los enfrentó con Inglaterra durante la edad media.

El programa académico de Ciencias Políticas exige a sus estudiantes realizar todo el tercer año de estudios en otro país, ya sea con asignaturas o práctica profesional. Anais debía viajar

otra vez. Ella llevaba dos años en un programa especializado sobre América Latina por lo que su intercambio debía ser en el nuevo continente.

Chile apareció como opción por lo que conocía su historia; leyó sobre el golpe de estado, la americanización del país y conocía su fama de ser el mejor alumno del Fondo Monetario Internacional (FMI). A esto se le sumó que durante sus estudios en Francia conoció chilenos que estuvieron de intercambio, quienes se encargaron de contarle del país amenizando la conversación con pisco (trago típico que mezcla pisco con bebida cola).

En la cabeza de Anais estaba venir a Chile y en el catálogo de convenios internacionales de su universidad destacaba la Pontificia Universidad Católica como una de las mejores opciones del continente para estudiar las ciencias políticas.

Anais estaba indecisa entre Brasil y Chile. Ella conocía los dos idiomas y le interesaba practicarlos. No sabe explicar una razón exacta de porque decidió viajar a Santiago, quizás sus nexos o el destino.

Cuando Anais tuvo listos los trámites para realizar su intercambio, decidió llamar a su nana chilena María para darle la buena noticia con la clara idea de volverse a ver. Empezaron a conversar más seguido, ahora sobre Chile. Quedaron de verse en el aeropuerto.

El 4 de agosto de 2013, minutos antes de las 10 de la mañana, aterrizó en el aeropuerto Comodoro Arturo Merino Benítez un vuelo Air France proveniente de París. Anais llegaba a Chile por un año de intercambio estudiantil porque temía hacer una práctica con gente más vieja y en el extranjero. La recibió una señora algo más gorda de la que recordaba y con un abrigo rojo mojado por la lluvia de invierno que caía en la capital.

Un abrazo largo, sin pronunciar ninguna palabra selló el reencuentro entre Anais y María. No hubo llanto, ni palabras de emoción, solo el afecto del contacto físico. Luego la francesa se saludó con el esposo de su nana que también la esperaba.

Empezaba la estadía en Chile. Fueron corriendo al auto para no mojarse, subieron y se dirigieron al centro mientras conversaban del viaje y de los estudios. Los grafitis y vendedores de sopaipillas en las calles llamaron la inmediata atención de Anais, mientras su nana le contaba un sinfín de cosas de la ciudad a las que asentía sin entender.

Se fueron a la comuna de Macul, a la casa de María a almorzar. Conversaron de las familias. Anais comentó que vivía sola en Poitiers desde que comenzó a la universidad y que en Santiago viviría en la pieza de una francesa que debía volver a Europa. La casa llamó la atención de Anais, tenía rejas en todas las ventanas y había que ocupar muchas llaves para entrar. Además había un mueble lleno de fotos, dentro de las cuales se reconoció en una de ellas.

Comieron y volvieron al centro. Allí Manuel, esposo de María, le compró una tarjeta Bip a Anais y juntos subieron al Metro. Le explicaron que en la semana por las mañanas y tardes era un caos, pero que es mucho más rápido que los buses. Además le enseñaron el recorrido que debía hacer hasta la universidad desde Bellas Artes hasta San Joaquín, por suerte sin combinaciones de líneas.

Luego fueron a comprar. Anais preguntó mucho sobre el valor de las cosas para luego orientarse sola. Practicaron con gaseosas, verduras y materiales de aseo. Con eso bastó para equalizar los precios con las “lucas” o pesos que se ocupan en Chile.

Pasearon por el centro en auto, vieron el Cerro San Cristóbal, Santa Lucía, La Moneda, el Parque Forestal y llegaron al departamento de Anais a unas dos cuadras del museo Bellas Artes. La acompañaron a entrar y llevaron su equipaje. Se despidieron tal como se saludaron, un abrazo fuerte y sin palabras. Quedaron de verse y comer juntas. Anais les agradeció por todo lo que hicieron por ella ese día.

Al entrar al apartamento, solo había una chica. Conversaron un poco y Anais se instaló en su pieza. Al rato golpearon su puerta, la compañera que la había recibido la invitó a conocer al resto de los compañeros de piso que estaban en un bar a pocas cuadras.

Caminaron por Bellavista hasta el local NaveTierra, allí la recibió un francés, dos chilenos y una alemana. La invitaron a su primer piscola en Chile y carretearon un par de horas. Ya instalada en el país comenzaba su ruta de un año donde esperaba estudiar, viajar por el país y el continente, participar como voluntaria de los juegos Sudamericanos Santiago 2014, hacer deporte y conocer a muchas personas nuevas.

Quiero conocer a los chilenos



La experiencia del intercambio son afrontadas de distintas maneras por cada persona. Aunque un patrón común es la motivación de conocer e interactuar con una sociedad completamente distinta a la de origen. Esto se volvió una obsesión para Thibaud Drubule, un francés que vino a Chile de intercambio a la Universidad Católica (UC) para complementar sus estudios de Ingeniería.

En su llegada al país se ve envuelto en un círculo social que lo llevó a conocer a otros extranjeros que, al igual que él, estaban en de intercambio. Esta situación comenzó a desesperar a este joven, dado que su interacción con chilenos era casi nula y la vida en Barrio Lastarria, junto al programa de intercambio de la UC no hacían prever que esto pudiese cambiar.

Thibaud Dubrulle es un francés que nació en 1991. En su país estudiaba Ingeniería Plan Común en la Universidad Arts et métiers Paris Tech ubicada en Metz. Viajó a Santiago de Chile para realizar un intercambio en la Universidad Católica durante el segundo semestre de 2013 a estudiar Ingeniería Civil en el campus San Joaquín.

Una entrevista

La entrevista estaba pactada el sábado 10 de agosto de 2013. El punto de encuentro escogido fue el Metro Bellas Artes, barrio de Santiago que es conocido por varias cosas, entre ellas, por la gran cantidad de residentes extranjeros gringos (estadounidenses y también europeos con la característica de ser altos, blancos, rubios y hablar otro idioma) de los cuales una gran cantidad está de intercambio estudiantil o laboral en la capital del país.

Quedamos de vernos a las seis de la tarde. Llegué cinco minutos atrasado y encima a otra estación de Metro. Por una extraña razón que aún no me explico llegué al Centro Cultural Gabriela Mistral (GAM). Con la seguridad de estar en el lugar correcto, comencé a buscar a Thibaud, un francés del que solo sabía el nombre y que estaba en Chile de intercambio en el campus San Joaquín de la Universidad Católica.

Tras unos minutos mirando caras, buscando a alguien que estuviera en las mismas que yo, preferí llamarlo. Le hablé con un tono algo molesto por el que yo consideraba un retraso de ya 15 minutos. Fue una conversación muy compleja con un tipo que apenas hablaba español y que me decía estar esperándome hace bastante rato en el lugar. Le pedí que levantara la mano, miré a mi alrededor y no lo vi, hice lo mismo y él tampoco me pudo divisar. Seguimos conversando y le dije que estaba en el Metro Universidad Católica y en ese momento nos dimos cuenta de mi error.

Por suerte Thibo, como le dicen sus amigos, andaba en bicicleta y en cinco minutos llegó a las afueras del GAM. Nos miramos y saludamos. Él es un tipo flaco en extremo, muy alto para mí, algo así como un metro noventa, rubio de pelo liso con un corte "basinica", piel blanca, sin barba o bigotes, con lentes tipo John Lennon, algo encorvado y con una voz

parecida a la de los hombres en la pubertad cuando no tienen energías para nada y la inteligencia parece haberlo abandonado por completo.

Llegó en una bicicleta verde muy antigua con ruedas delgadas sin nada de stickers u logos que identificaran su marca o procedencia. Esto, sumado a su vestimenta, saco verde militar desteñado y pantalones café gastados, me hizo sentir que veía a un personaje de película italiana de la década de los 40'.

Tras las complejidades del encuentro, comenzamos a caminar por Barrio Lastarria hacia Metro Bellas Artes buscando un lugar donde tomarnos una cerveza y grabar la entrevista que debía hacerle. Anduvimos dando vueltas unos quince minutos hablando sobre la entrevista y un poco del por qué él estaba en Chile de intercambio.

Resultó que Thibo tenía mucho más conocimiento del barrio que yo, a pesar de que solo llevaba cinco semanas en el país, porque me rechazó tres lugares por su elevado precio. Finalmente recomendó un lugar bastante tranquilo y con cerveza barata para el barrio, 1.800 pesos el litro de Escudo, algo que no pensé encontrar allí.

Nos instalamos dentro del local, fuimos los únicos en hacer eso, había una suave música de fondo que no era molesta para grabar, una garzona peruana nos atendió, a mi parecer le gustó Thibo porque nos llevó varias veces pan en la hora que estuvimos charlando. Algo bastante extraño para clientes que solo piden dos cervezas.

Fue complejo hablar en un principio porque él tenía un español muy malo y en mi caso me enfrentaba a la primera entrevista a un extranjero. Fue positivo que nos juntáramos en torno a una cerveza porque eso fue sacándonos las vergüenzas e hizo toda la conversación más fluida y las risas se hicieron comunes durante la hora que estuvimos juntos.

Resulta que Thibaud es un chico francés, que vivió muchos años en Escocia porque su padre consiguió trabajo en aquel país. Todo mi humor básico salió a flote cuando le pregunté con

un tono burlesco si usaba falda en aquel país, me respondió que sí con una seriedad lógica que me hizo advertir que esta costumbre no tiene nada de divertida.

Llegó a la Universidad Católica por un intercambio en Ingeniería Comercial. Se sintió atraído a Chile gracias a la diversidad de paisajes por donde viajar y a la fama de las costas nacionales para practicar una de sus grandes pasiones; el surf.

Se instaló muy cerca del Metro Bellas Artes, a un costado del Parque Forestal. Consiguió su piso, como le llamaba él, gracias a un amigo francés que estuvo de intercambio en Chile. Cuando Thibaud llega al país, su amigo debía volver al país galo ese mismo día, por lo que intercambiaron piezas y aprovecharon esa jornada para hablar mucho de cómo es vivir en Santiago.

Mientras conversamos en el bar, pasé de sentir que estaba frente a un tipo serio y algo intelectual a conocer a un niño simpático y de muy buenos sentimientos, esa sensación de pureza que pocas personas te hacen sentir hoy en día. La conversación se transformó muy fluida y más que una entrevista comenzó a ser un diálogo e intercambio de experiencias.

Thibo llevaba cinco semanas en el país donde reconoció pasarla muy bien, estuvo en hartos carretes, viajó los fines de semana, conoció distintos barrios de Santiago, se encontró con buenos compañeros de casa y según dijo mejoró su español muy rápidamente. Pero algo no lo dejaba del todo feliz, y es que a pesar de estar viviendo en el país, pudo conocer e interactuar muy poco con chilenos.

De hecho, reconoció que ese fue el motivo por el que aceptó la entrevista cuando le llegó un correo electrónico de parte de su universidad contándole que había tres estudiantes de periodismo de la Universidad de Chile que estaban buscando experiencias de alumnos extranjeros de intercambio.

En su casa vivía con un portugués, dos francesas y solo un chileno. El grupo de amigos de estos eran otros extranjeros del barrio o de sus respectivas universidades. En la "Católica",

Thibaud se sentía ignorado porque todos los alumnos ya tenían sus grupos de amigos que se juntaban entre ellos.

Su vida universitaria era simple y rutinaria. Tomaba temprano por la mañana la línea cinco del Metro en Bellas Artes, llegar hasta San Joaquín, asistía a clases, luego se instalaba en la biblioteca a trabajar, para después hacer su trayecto de vuelta a casa.

Su vida social la desarrolló con el grupo de estudiantes extranjeros que tiene la casa de estudios de la PUC, que organiza viajes entre ellos, los lleva a fiestas y los acompaña constantemente durante su estadía en Santiago.

Como nosotros ya nos encontrábamos conversando con mucha más confianza, le comenté que en la Universidad de Chile, si bien existe el departamento de Movilidad Estudiantil que se preocupa de los estudiantes en intercambio, los alumnos extranjeros están más libres y, por lo tanto, se enfrentan solos a la realidad chilena.

Aprenden rápido a que los ayudantes dan información oficial por Facebook a la gente, a que hay que preguntar si hay paro o marcha para evitar seguir llegando a las 8:30 y no encontrar a nadie en las salas, deben hacer sus trámites solos y conocer la burocracia y extraño manejo de los funcionarios de la universidad y enfrentarse a esa cultura del desorden e improvisación que existe a nivel general en el país.

Lo positivo de todo eso, es que en dos semanas los extranjeros ya están integrados a la universidad y conocen a bastantes alumnos chilenos ya que no pueden tener un paso exitoso sin preguntar constantemente por todo para entender el funcionamiento de la "U".

En ese momento se da una fraternidad, donde se acoge muy rápido a cualquier persona, se los integra a los grupos sociales, fiestas, viajes, equipos de fútbol y muchas cosas más que hacen sentirse uno más del grupo a cualquier persona.

Mi cuestionario de preguntas se terminó, pero nuestra sed aún no. Pedimos otra cerveza y seguimos conversando otra media hora. Le comenté que vivo en el Cajón del Maipo, un lugar

muy visitado por extranjeros. Quedamos en ir algún día. Me comentó que le interesaría hacer rafting en el río y que estaba esperando el 18 de septiembre donde viajaría a surfear con unos amigos a Pichilemu. También tenía planes de viajar a Iquique en diciembre para probar las olas del norte.

Salimos del bar, caminamos hasta la estación Bellas Artes y nos despedimos con la idea de vernos de nuevo para el viaje al "Cajón" del Maipo u otra cosa. El flaco, alto, simpático y de vestimenta retro se alejó y se perdió en ese barrio lleno de cabezas de distintos colores. Era muy probable que esa fuera la primera y última vez que nos viéramos.

Comencé a trabajar en la Alameda con Lastarria, muy cerca de la casa de Thibaud. En la compleja búsqueda de algún almuerzo económico por los alrededores, me vi obligado a caminar y conocer ese barrio tan lejano para mí. Me topé con muchos extranjeros por esos días y pensé en lo que Thibo me dijo sobre la dificultad de conocer chilenos. De a poco me fui convenciendo de invitarlo algún día a "carretear".

Pasaron algunas semanas y lo llamé. Quería preguntarle si le gustaría salir con los universitarios de "la Chile" que le parecieron tan acogedores según mis relatos. Me contestó y se acordaba perfecto de mí. Quedamos en tomarnos unas "chelas" en su casa con sus amigos algún día de la semana después de mi trabajo.

Así que el primer miércoles de septiembre me fui para allá a eso de las siete de la tarde, pasé a comprar algo para llevar y llegué a un departamento en el que había que bajar medio piso para estar al nivel de inicio del edificio. Esto hacía que la casa de Thibo tuviera ventanas hacia la calle que estaban pegadas a la vereda. Sucedió que desde afuera como peatón, los vidrios partían en tus pies y te llegaban a la cintura. Desde dentro daba una entretenida vista para los y las morbosas.

Por dentro era un lugar desordenado, muy iluminado, lleno de humo de cigarro y algo sucio. Había cinco personas compartiendo y riéndose de distintas cosas. Estaba Thibo con su amigo portugués Joao y un chileno, los acompañaban dos muchachas europeas que no vivían con

ellos pero que eran del barrio. Conversamos un rato y las niñas tuvieron que irse, por lo que Joao y Thibo las acompañaron y aprovecharon de ir a comprar unas cervezas. Me quedé con el chileno en la casa conversando.

Era un tipo que tenía más de 30 años, pelo negro largo y sucio, se vestía con ropas anchas, su piel era morena, no medía más de 1.75 cm y tenía una barba descuidada, impresión general que representaba su aspecto.

Nos pusimos a conversar y llevaba años viviendo con extranjeros en Lastarria. Me comentó que con un grupo de amigos arrendaban casas que luego subarrendaban a los alumnos o practicantes de intercambio que llegaban a Chile. Para hacerlo más divertido, entre ese grupo iban rotando de casas y así conocían a muchas personas de todas partes del mundo.

Al parecer el negocio era bastante entretenido y lucrativo porque, por lo que pude hablar con el tipo, no tuve indicio de que hiciera otra cosa. Thibo luego me comentó que esos chilenos los ayudaban mucho a adaptarse a Chile y les gestionaban trámites antes y en su llegada al país. Todo un negocio aquello, no creo que cobraran barato por arrendar una pieza.

Los muchachos volvieron de su compra y nos pusimos a conversar, mientras el chileno se fue a su pieza a dormir un rato. Nos tomamos unas cervezas y escuchamos a The Beatles. Joao, amigo portugués, es como un modelo gringo pero en miniatura porque solo mide 1.60 cm. y tiene mayor facilidad para relacionarse con las personas que Thibo quien es más ingenuo y tímido.

La verdad es que nos caímos muy bien y nuevamente salió el tema de viajar al "Cajón" del Maipo. Pero mi objetivo era invitarlos al que creo el mejor carrete universitario del año en Santiago: La "fonda FAU" (Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile) que se hace todos los años en septiembre previo a las fiestas patrias. Se llena esa facultad con una gran jornada que comienza temprano por la tarde y termina tipo una de la mañana cuando algunos optan por su casa y otros por continuar de fiesta en otro lado.

Como lo pensé, los muchachos aceptaron de inmediato. Quedamos de juntarnos a dentro ese día. Les expliqué que básicamente existían tres formas de entrar; pagando la entrada (alrededor de los 2.000 pesos) y llegando temprano para evitar hacer la fila enorme, hacer la fila enorme o saltarse la reja que divide a las facultades de arquitectura y economía de "la Chile" o la que divide al Parque San Borja con la universidad. Los muchachos optaron por pagar y yo les dije que entraría más tarde, cerca de las ocho de la noche.

Compartimos dos horas y me fui de esa casa. Los días que siguieron, nos agregamos a Facebook, al cual Thibo debió registrarse para hacer vida social en Chile, y estuvimos conversando bastante. Comenzamos a conocernos y generar un lazo de amistad.

Llegó el segundo viernes de septiembre de ese año. Un día nublado y con alta humedad, mezcla que generó una baja temperatura en Santiago. Nos mensajamos con Thibo temprano y quedamos de vernos dentro de la FAU, debía llamarlo cuando lograra entrar. El día avanzó y cuando terminó mi jornada laboral me quedé a tomarme unas cervezas con mis compañeros de trabajo en la misma oficina. La jornada se extendió un poco y cuando comenté que iría a la FAU, que estaba a menos de 10 minutos caminando desde el lugar, los muchachos se quisieron sumar.

Partimos y antes de llegar pasamos a un supermercado que se encuentra a media cuadra de la universidad para abastecernos antes de entrar a la fonda. Como es costumbre de todos los años en esa fecha, estaba repleto de universitarios comprando alcohol. Por esto, solo se encuentran cervezas tibias, es muy difícil encontrar vasos y ya no queda hielo para las piscolas.

Una vez con el material listo nos dirigimos a FAU. Íbamos riendo mientras especulábamos como algunos tendrían que pasar la reja. No fue necesaria ninguna maniobra ya que algún genio abrió dos barrotes de una reja que dividía el Parque San Borja y la universidad. Solo nos demoramos un minuto en entrar porque había una fila informal de colados que intentaban pasar por allí.

Ya dentro caminamos un par de metros y nos encontramos con mi grupo de amigos de periodismo. Nos quedamos ahí en una situación algo rara entre oficinistas y universitarios. Eso duró poco porque nos comenzamos a dispersar y nunca más supe de alguien de mi trabajo durante la jornada. Como siempre, la fonda estaba repleta de gente, a esa altura ya había varios pasados de copas y se hacía difícil conversar por la fuerte música que acompaña la noche, que incluye presentaciones en vivo.

Recordé llamar a Thibaud, pero por largo rato no me contestó el celular, muy probablemente porque la música estaba muy fuerte. Al rato me devolvió el llamado y quedamos de juntarnos en la entrada porque era el punto de referencia más fácil que encontré para explicarle. Estaba con Joao y un grupo de extranjeros. Los invité a ir con mis amigos de la universidad. Nos sentamos en un círculo en el pasto que bordeaba la gran cantidad de alcohol que teníamos para amenizar la tarde noche.

Compartimos bastante rato sentados, bebiendo y conversando. Los muchachos, quizás por sus facciones europeas, llamaron la atención de algunas compañeras que estaban con nosotros. Así que de pronto se comenzaron a hacer grupos a parte. Le pregunté a Thibo cuál era su opinión de la fonda FAU y me dijo que era increíble, que nunca había visto a tantos universitarios juntos y que de esas fiestas no se hacían en su facultad en Francia.

La noche avanzó y no nos volvimos a ver. Recuerdo que me crucé con Joao y lo vi pasar abrazado con dos muchachas, un gran pequeño hombre. Llamé a Thibo nuevamente para saber si quería seguir carreteando en otro lado, pero nunca me contestó. La noche avanzó, la música se apagó y los guardias comenzaron a sacar a la gente. Me iba con un amigo que me indica hacia una escalera donde había un flaco tirado. Era nuestro amigo francés que estaba muy pasado de copas. Se encontraba con una muchacha que al parecer tenía un gran interés en seguir con él esa noche.

Thibo había tomado demasiado y hablaba muy poco y mal. No quería caminar, así que le dije a la niña que me lo llevaría a su casa. Evidentemente no me miró con buena cara, pero no

pudo hacer nada. Aunque parece que su interés era alto, por lo que hizo una jugada que luego le permitiría volver a ver a Thibaud.

Entre mi amigo Rodrigo y yo lo llevamos apoyado en nuestros hombros, fue complejo mover a un muchacho tan alto entre dos enanos de 1.70 cm. Nos demoramos algo más de media hora en caminar hasta la casa de Thibo.

Al llegar no encontramos a nadie y fue un gran caos encontrar las llaves y luego abrir la puerta, porque parece que en todo el mundo los "curados" son porfiados y un Thibo algo más despierto insistió en abrir la cerradura. Probó a lo menos cuatro llaves de un manejo de seis o siete, terrible. Una vez a dentro, se desplomó en el sillón, así que nos fuimos.

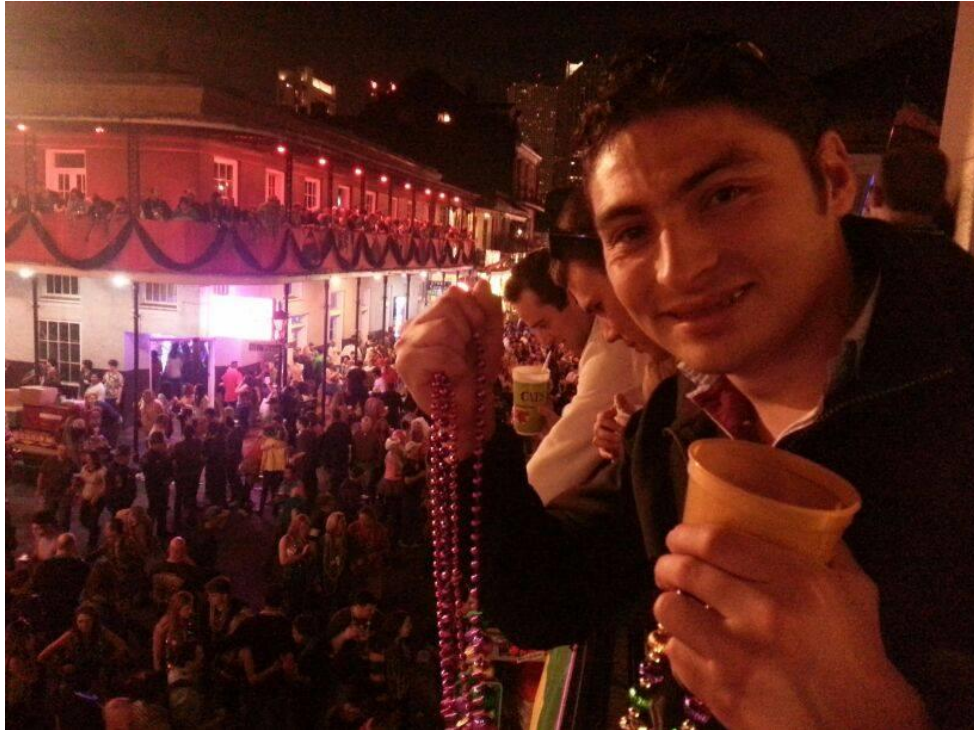
Al domingo siguiente encontré un chistoso mensaje en el inbox de mi perfil de Facebook que me decía que estuvo genial el carrete, lo mejor de la vida y que ni recordaba cómo llegó a su casa. Además había perdido su celular. Me reí mucho rato antes de contestarle algo y le conté que nosotros lo llevamos, literalmente llevamos, y que lo salvamos de las garras de una chilena muy cariñosa. Me dijo que se asustó de no recordar nada y que se calmaría en sus carretes. También me habló de la belleza de mis compañeras y que lo invitará a salir otra vez.

Me pidió el número de su celular, que no recordaba, para intentar llamar por si alguien lo tenía. Le dije que no valdría la pena, pero igual se lo escribí para que quedara tranquilo. A los días me cuenta que recuperó su celular, porque esa niña cariñosa del final de la fonda se lo había quedado. Hizo esa jugada mágica que le permitió volver a ver a Thibaud, muy "viva" la muchacha. Me contó que encontró muy atractiva a la niña y que saldría con ella.

Las conversaciones de Facebook entre nosotros disminuyeron. Thibaud viajó mucho por el país cada fin de semana, también anduvo por Argentina, se dedicó a terminar el semestre y luego partió hacia el Desierto de Atacama. No nos vimos más y el viaje al "Cajón" del Maipo nunca se concretó. A veces hablamos con ese buen tipo que llegó por seis meses a vivir Chile.

Un día, Thibaud me dijo, como queriendo sentirse más cerca de Chile: “Yo quiero viajar con chilenos, ir a una casa afuera de Santiago. Quiero compartir otras cosas y más cosas. Un viaje o tomar cerveza después de la escuela con la gente. En Francia se hace mucho, acá no sé. En Francia nosotros cada uno vivimos en nuestros pisos, acá la gente vive con sus padres y eso es más diferente nuestra vida de estudiante. Por ejemplo, ayer fui a la casa de una familia chilena porque tenía un amigo francés que vivió en esa casa con la familia chilena, y fuimos a ver la partida de fútbol Chile contra Venezuela) y fue muy divertido ver como los chilenos son locos por el fútbol, eso de la “pasión”. Por ejemplo, una chica de nuestra edad se conocía todos los jugadores, fue increíble, yo no conocía nada. Me impresionó eso, eso me gusta, conocer las cosas típicas de Chile. Yo quiero vivir como un chileno. Es por eso que yo vine aquí, para aprender cómo eran acá y aprender otra manera de vivir.”.

Un viaje estratégico



Camilo Rodríguez estudió ingeniería civil industrial, y dentro de sus prácticas decidió viajar a Estados Unidos para potenciar su currículum. En esta breve experiencia de tan sólo dos meses, vivió un choque cultural complejo que lo hizo enfrentarse a la discriminación, sufrir la alimentación, aprender de otro concepto y ritmo laboral, hasta convivir con festejos multitudinarios absolutamente descontrolados y muy lejanos a ser aceptados dentro de la sociedad chilena.

Camilo Andrés Rodríguez Aguilera nació en 1987 en Santiago de Chile, estudia ingeniería civil industrial en la Universidad de Chile. Su malla curricular le exige realizar tres prácticas, por lo que decidió hacer la última en Estados Unidos en la empresa de bienes raíces Sonoran Consulting.

Esta es una empresa familiar donde los jefes son Christopher Hunter y su esposa Cheryl Hunter ambos sobre los 60 años. La casa de los Hunter se ubica en Scottsdale, estado de Arizona y Camilo se instaló allí en una verdadera mansión que había quedado prácticamente vacía producto que los hijos ya estaban grandes y formaron sus familias.

El viaje de Camilo se extendió por Enero y Febrero de 2014, el primero de trabajo y el segundo de viaje. Su cargo fue el de un Intern y estaba encargado de realizar, armar y consolidar las KPIs (indicadores claves de rendimiento) y el registro financiero hasta la fecha desde los últimos tres años y hacer las proyecciones del negocio junto a las metas futuro a cinco años.

PGA Tour de golf

(Camilo toma la palabra y relata su historia)

Yo juego golf. Resulta que la ciudad donde vive mi jefe tiene una cultura de este deporte muy instaurada. De hecho en Scottsdale (Arizona, Estados Unidos), junto a pequeñas localidades que están en sus alrededores, tienen aproximadamente 245 campos de golf.

Sucede que como es una ciudad en medio del desierto, sufre un efecto Miami sin playa. Van a vivir todos los viejos retirados y además la gente de Chicago o New York se queda por todo el invierno mientras en sus Estados caen nevadas.

Como en su mayoría son mayores y allá el golf es muy barato, todos juegan y por esto hay muchos campos. Hay un club que se llama el TPC donde se juega una fecha del PGA Tour desde hace muchos años. Este torneo fue reconocido como un lugar donde Tiger Woods no juega porque en algún momento le lanzaron un plátano, realizándole una discriminación por ser de raza negra.

Dada esta cultura de golf, yo aproveché de jugar mucho allá. El club donde era socio mi jefe estaba a tres cuadras de la casa. Entonces pasaba todas las mañanas, hacía deporte en el gimnasio y cuatro veces a la semana jugaba con ellos un golfito.

Se comenzó a acercarse el PGA Tour y el Bank of America les regaló a mis jefes entradas al VIP en el hoyo 18 (último y definitivo de un partido), por estos regalos de gratificación que se les hace a los clientes.

Resulta que justo ese año los hijos de mi jefe estaban con guaguas y mi jefa tenía unos apuros con ayudar a sus nueras. Tras esto, mi jefe me dice que me quería invitar porque de seguro nunca más en la vida iba a tener la oportunidad de ver el PGA Tour en el lugar donde lo íbamos a ver.

No sabía bien a lo que iba, pensé en la experiencia que uno ve en la tele donde hay gente parada al borde de la cancha viendo a los jugadores como le pegan y pasa la pelotita y se le aplaude.

Planeamos ir en la tarde para ver a los últimos jugadores, que son los mejores. Cuando llegamos, a más de diez cuadras no había estacionamiento. Ahí me entero que nos iban a ir a dejar y a buscar. Percibí que el evento se venía masivo. Cuando voy entrando me doy cuenta que esta cuestión es una fiesta atómica.

Había una cantidad de gente impresionante, personas que acampaban en sus motor home, se quedaban ahí durante los tres días, haciendo sus parrilladas de hamburguesa como les gusta a los gringos. Se tomaban sus cervezas, mucho alcohol. Esto no se veía tan elegante como el concepto que se tiene en Chile donde la gente cree que este deporte es solamente para cuicos.

Allá es una fiesta donde encuentras a gente de todo tipo y muchos jóvenes. Los hombres eran tipos totalmente normales, no multimillonarios ni nada por el estilo. Muy gringos, altos y súper rubios.

Lo impactante ahí son las mujeres que van producidas como si fueran a un matrimonio. Con trajes de colores muy fuertes y tacones altos. Mientras presenciaba ese espectáculo pensé cómo podían ir a un campo de golf con tacos. Empecé a darme cuenta que más de la mitad de ellas estaba borracha, casi con las piernas colgando.

Logramos entrar al torneo, tras un complejo paso de barreras de seguridad. Ahí sí que confirmo que estaba en un evento ultra masivo. Un mar de personas que se mueven de un lado a otro, junto a la música a todo volumen, mujeres ebrias, corriendo y agarrándose gente. Impresionante, nada que ver con el golf.

Comenzamos a avanzar entre la gente y llegando a los *fairway* (es la zona de recorrido de cada hoyo, por donde deberían jugarse los golpes) y a los *Green* (Terreno alrededor del hoyo que está especialmente cortado para que la pelota circule más despacio) donde están los jugadores, efectivamente se escuchaba menos ruido, pero igual está el carrete ahí al lado. Gente echada en los pastos, tomando, se vende copete adentro, un verdadero carrete.

Camino al hoyo 18, agarré una cerveza, me la tomé tranquilo porque no sabía bien a lo que iba y tampoco se me había informado. Pasamos nuevamente por una barrera de seguridad donde revisan a todos. Obviamente siendo yo latino, se me revisó un poquito más. Subimos al tercer piso de una estructura construida con andamios donde hay una gradería que da una vista perfecta al hoyo 18 para ver a los mejores jugadores desde cerca. Atrás encuentras una pequeña terraza con buffet de comida y copete a destajo.

Mi jefe me miró y me dijo: “habrá que curarse” a lo que respondí: “si usted lo dice, por supuesto que sí pues”. Nos armamos unos platos y comenzamos a tomar. Me sorprendí un poco porque mi jefe ama a su señora con todo su corazón, se vuelve loco por ella y todo. Pelean hartos, se putean mucho, a garabato limpio de repente. Pero este tipo es un galán estando solo, qué hombre más casanova. Oye, no pasaba mina por ese VIP que no haya sido “joteada” por este compadre y las minas le respondían porque el hombre tiene su metro noventa, se mantiene bien, tiene buen “blablá”, es un compadre que estudió en Harvard y en Cambridge, tiene un diplomado en Oxford, se las trae.

En un momento estábamos ahí con cuatro minas, claramente un poco mayores que yo, pero que eran extraordinarias, además viendo el golf. Yo me dije: “no puedo creer que Camilo Rodríguez de haber estado en la ‘pasta’ máxima en Santiago, de repente estoy presenciando el torneo más famoso del mundo del golf, en el VIP, tomando chela, comiendo salmón y filete, viendo jugar a Phil Mickelson con tres minas al lado con unas tetas gigantes”.

Después de estar bastante rato ahí, intercambiar tarjetas de las que nunca retomé el contacto, pero que seguro mi jefe si lo hizo, nos fuimos a recorrer el campo. Una cancha hermosa que te costaba 200 dólares jugar, inmediatamente unas 120 “lucas” para ocuparlas.

Es muy chistoso ver esa calidad de lugar con unos gringos con unas letras escritas en la guata, sin polera, curados, gritando cuestiones. Minas tiradas en los pastos. Llegamos a un Green especial para ver los tiros de los jugadores y al lado el público está con cabezas de caballo, monitos, pájaros. Los mismos que van al partido de béisbol y basquetbol, están también ahí.

Me sentí muy a gusto, integrado, también grite un par de cosas. El campeonato estaba terminando y los premios los daban al día siguiente. Lamentablemente no nos podíamos quedar porque debíamos trabajar, pero algo debíamos hacer. Aprovechamos uno de los hoyos que ya se había desocupado y mi jefe arrendo unos palos y nos pusimos a jugar en la cancha después del torneo donde recién acababan de estar los más grandes del mundo.

Efectivamente, como dijo mi jefe, viví una experiencia que difícilmente podría volver a repetir y que para mí, aficionado del golf, fue extraordinaria. Se me borró el estigma clasista que mucha gente tiene sobre este deporte y se me reafirmó que el golf quizás no puede ser jugado por la mayoría, pero si puede ser vivido y vibrado por todos.

Festival de Mardi Gras en New Orleans

Se iba acercando la fecha final de mi práctica en Estados Unidos y pensé en qué hacer. Gracias a dios, dos amigas estaban en la universidad de Alabama haciendo un curso de inglés, del que por cierto aprendieron nada porque se dedicaron solo carretear, y estaban con muchos latinos hablando español y como no iban a las clases no les sirvió de nada.

Yo sabía que ellas estaban motivadas así que hablé con ellas, la Mane y la Rita. Me enteré que tenían algo armando y me dicen que se subió el Nico, un amigo que también era de la Universidad de Chile. Yo no lo conocía, lo que a priori me generó un recelo, pero después pensé que había que salir de la zona de confort así que les pedí que me dieran el itinerario para comprarme los pasajes y sumarme al grupo.

El itinerario de vuelos era muy extraño, salían de un lado, después se iban a otro, en fin. Finalmente compré los mismos aviones. Resulta que ellos estaban en Alabama, muy cerca de nuestro primer destino New Orleans y yo en Arizona, al otro lado del país. Me compré un pasaje y llegué antes porque alguien debía ver el tema del alojamiento. Hice todo por internet y conseguí un motel porque no había más donde quedarse. Era típico como los de las series gringas al lado de una carretera que pasaba por arriba y ubicado en un barrio de negros muy peligroso.

El motel me pareció muy decente, pero el barrio era complicado. En la tardecita salí a caminar para conocer los alrededores. A las dos cuabras me devolví cagado de susto porque había una gran cantidad de pandillas que me miraban con un diente tremendo. Me quedé ahí esperando a los chicos que llegarían al día siguiente.

Nos íbamos a juntar en New Orleans, una ciudad bastante linda con harta historia donde estuvieron franceses e ingleses combatiendo. El objetivo del grupo fue el de asistir a una fiesta que se llama Mardi Gras o Martes Grasoso en español, que se realizaba el día anterior a la festividad religiosa del Miércoles de Cenizas.

La gracia de Mardi Gras era comer a destajo todo lo que se pudiera y con el tiempo se desvirtuó transformándose en una tomatara y comilona con sexo desenfrenado. Con el tiempo se extendió a cuatro días de carnaval.

Mardi Gras tiene carnavales que se hacen en distintos barrios de New Orleans donde durante el día van pasando carros alegóricos y grupos de colegios y universidades haciendo espectáculos coreográficos.

Desde vehículos gigantes disfrazados de barcos, tortas, personajes de Disney u otros te lanzan distintas cosas y entre ellas collares de muchos colores. La gracia de estos es que en las noches te vas Bourbon Street, calle llena de bares, y te instalas en la terraza del segundo piso mientras la gente va caminando muy alegre por la calle y las mujeres te van mostrando las tetas, el culo y la vagina. Tú en agradecimiento les debes tirar un collar.

Finalmente la mina que tiene mayor cantidad de collares es la más famosa de la jornada. Con los hombres pasaba lo mismo mostrando los testículos, el pene, el culo, las tetillas. La verdad es que esto no tenía gracia, pero igual lo hacían.

Se nos avecinaba este carnaval y por esto escogimos New Orleans. Mis amigos llegaban a la tarde de ese día, así que quise aprovechar la mañana para conocer la ciudad. Me tomé un bus que tenía un sistema muy complejo de entender porque tenías que comprar un pase que daban en el mismo bus, algo raro.

Vi muchas estructuras dañadas producto del famoso y pasado huracán Katrina, lo cual fue muy impactante. En la ciudad existían grandes y muy modernas edificaciones, pero aún no se observaba una recuperación total.

Luego pasé al supermercado a comprar un par de víveres antes de volver al motel, donde se me acerca un negro que daba susto, the real nigga que me dijo: “Do you want a crack?”. Lo miré un minuto y mi mente tradujo rápidamente: “o me quiere vender crack o me quiere hacer crack, pero con cualquiera de las dos opciones, no salgo bien de aquí”.

Así que apuré mi caminar, muerto de susto, mientras comencé a mirar todas las pandillas de los alrededores con sus autos antiguos llenas de negros con chaquetas grandes, zapatos y pantalones gigantes. Finalmente corrí, llegué al hotel y me puse a esperar a mis amigos.

Tras un par de horas de retraso, logré contactarme con ellos por celular y me dijeron que estaban aún en Alabama esperando un poco a que se les pasara la caña porque la noche anterior les habían hecho una despedida y aún no podían manejar.

Me enojé porque estuve todo el día ahí perdido, pero no tenía nada que hacer. Llegaron cerca de las 12 de la noche. Me pidieron disculpas y pasó el tema. Salimos a comprar unas cervezas por ahí cerca y nos curamos mucho. Los cuatro dormíamos en la misma pieza para abaratar costos.

Al día siguiente salimos temprano por la ciudad a conocer lugares turísticos, nos subimos a un barquito típico con esa rueda de paleta trasera como al estilo de la película *Maverik*. Tras esto nos fuimos a los carnavales donde comenzamos a recibir los clásicos y preciados collares para prepararnos de cara a la noche.

Nos fuimos todos a Bourbon Street, subimos a un bar, conocimos los segundos pisos con terrazas donde las mujeres te mostraban las tetas y uno le tiraba los collares. Para mí esa noche fue extraordinaria. No sé cuántos pares de senos vi, quizás un número impar, quién sabe. Se me acabaron los collares y me dije que esto debía hacerlo de nuevo.

Lamentablemente por estar en ese segundo piso con el frío del invierno y toda la noche gritando: “Show me your tits” “I wanna see your ass”, perdí mi voz inmediatamente. Llegué al hotel ebrio, afónico pero muy motivado.

Al día siguiente aplicamos la misma rutina, comimos cosas típicas de la ciudad, pasamos a los carnavales, pero esta vez fuimos más inteligentes y llevamos una bolsa ecológica gigante por persona en la cual metimos todos los collares que pudimos. Pesaba algo así como 15 kilos.

Llegó la noche, fuimos a los bares a bailar, cantar, chupar como enfermos y previo a ponerme a tirar collares conozco a una chiquilla que me pide que le regale un de estos porque encontró muy lindos los que yo tenía en mi bolsa. Le dije que no tenía problemas siempre y cuando me diera un besito. Ella quiso el collar así que agarramos, estuvo muy bueno. Se lo ganó. Algo que era incómodo era que su papá estaba atrás.

Tras esto, intenté seguir gritando con la poca voz que me quedaba como un enfermo sexual, para ver todas las tetas posibles y logré descargar esos 15 kilos de collares. Esa noche nuevamente la pasamos increíble caminando por esas calles. La jornada concluyó en un lugar que se llama Popeyes, que ahora llegó a Chile hace poco, donde hacen pollos crispy. Esta comida es algo muy típico de la ciudad. Tras este bajón, nos fuimos a dormir con todo el grupo.

Al día siguiente llegaban unos árabes que conocieron mis amigas en sus cursos de inglés. Los muchachos tenían mucha plata, además de ser fumadores empedernidos, borrachos y muy simpáticos. Así que partimos nuevamente a lo que ya era nuestra rutina.

Volvimos nuevamente esa noche a Bourbon Street, con los árabes, ahí mi amiga Rita se perdió con uno de ellos. Después supimos que amaneció en el hotel del hombre. Esta vez salimos a caminar y recorren en vez de quedarnos en las terrazas.

Descubrimos que en el festival hay una mixtura de personas bastante impactante. Me encontré con católicos férreos que estaban protestando con pancartas diciendo que la fiesta era inmoral. Cada vez que una mujer se levantaba la polera para mostrar las tetas, venía uno de estos indignados y se la bajaba.

La situación era ridícula porque la gente estaba muy ebria riéndose de las monjas. Es una imagen muy cómica con religiosas de estas sectas típicas gringas, envueltas entre gente muy alcoholizada y al lado una patrulla de policía con dos efectivos muertos de la risa que no tenían nada que hacer.

Seguí mi caminata y me encontré con un enano muy simpático, nos sacamos una foto juntos, le regalé un collar y no me mostró nada, por suerte. Tras el pequeño hombre, conocí a un puertorriqueño fanático religioso. Me quedé conversando con él, primero que todo porque estaba en un intento por evitar que se me “oxidara” el inglés y el tipo lo hablaba muy bien porque nació allí.

Él tenía este lado religioso, pero era respetuoso. No me decía que no tome, ni que me subiera los pantalones, porque en algún minuto igual los tuve abajo. Me comentó la razón de su transformación religiosa. Yo, creo que por mi estado de ebriedad, me abrí mucho y le conté muchas cosas personales. Me regaló una estrella que tenían ellos y fue algo muy especial.

Tras sentirme casi iluminado por un segundo, me fui a la calle de al lado a tocar tetas. En un minuto se acerca una vieja con unos senos extraordinarios y venía sin polera. Estimo que debía tener 55 años. Puse mi típica cara de idiota cuando me quedo pegado mirando algo y ella se percata que le estoy observando los pezones de una forma casi intimidante, como si se los fuera a morder con los ojos y, por supuesto, con la boca. Ella me impactó.

Pensé que la señora se iría a tapar un poco o se daría vuelta, pero al contrario, se comenzó a acercar, levantó sus manos, agarró mi cabeza y la puso entre sus pechos. Tras esto realiza una “lanchita” moviéndome de lado a lado rápidamente. Me suelta, se ríe y sigue caminando. No lo podía creer. Quedé con la cara llena de brillos y escarchas que ella traía adornando sus pechos.

A las cuatro de la mañana me puse a pensar que ya no estaba tan atraído por las tetas, había visto tantas que ya no me generaban la misma pasión que en algún minuto. Sentí que llegué a un límite, algo que no creí que pudiese pasar, uno se puede agotar de tanto ver lo mismo.

En esta reflexión se me cruzó la idea de irme al hotel puesto que a la mañana siguiente debíamos tomar un vuelo. Comienzo a buscar a mi gente, no los encontré por ningún lado, solamente a Mane. Nuestra idea era irnos en el auto con los árabes, gratis o todos juntos en

un taxi por muy poca plata versus la realidad del momento que indicaba que dos muchachos teníamos que tomar un transfer a esa hora muy caro. Tuvimos que pagarlo porque no íbamos a caminar por el gueto donde estaba nuestro motel.

Al día siguiente nos despedimos de New Orleans con una sensación grata de la tarea cumplida, logramos el cometido de disfrutar el carnaval, comer, carretear y no nos pasó nada que es lo mejor. Así que dejamos la ciudad para dirigirnos a Baltimore y luego a Washington.

Sobre la experiencia de intercambio hoy puede decir que su primer objetivo era “consolidar mi inglés. Tengo un nivel avanzado y allá pude ponerlo en práctica en términos profesionales, que es distinto al inglés coloquial, normal, típico. Otro aspecto es la oportunidad de expandir mis redes. También me lo tomé como una prueba personal, aparte que se ve muy bonito en el currículum haber trabajado en el extranjero. Por último me motivó vivir nuevas experiencias, porque después de trabajar, me dediqué a viajar”.

Entre Bretaña y Tongoy



Florian pasa los últimos días de septiembre en la península de Tongoy. Proveniente del oeste de Francia, ha elegido durante los últimos seis meses del 2014 a Chile como su destino para realizar un intercambio estudiantil. Alumno de una de las prestigiosas escuelas de negocios de París, verá de primera mano cual es la verdad detrás de la imagen propagada de Chile en el mundo, el país serio y ordenado, el “casi europeo”, deja de serlo una vez que se vive en él. Así, la ignorancia y la falta de documentación previa, lanzan al francés en un viaje donde vive muchas de las realidades que a los chilenos le tocan diariamente, desde la comida hasta la discriminación. Todo esto durante un día de introspección en el árido paisaje de Tongoy.

La vez que Florian Vignal se lanzó al mar de Tongoy chilló como si el agua le hubiera petrificado el alma. Él claramente no sabía que por las costas de Chile, incluida la playa Socos de Tongoy, pasa la corriente de Humbolt, fenómeno que hace gélidas las aguas de este país. Sumado también a que septiembre no es un buen mes para remojar los pies. El francés, probablemente trasapelado al encontrarse al sur del trópico de Capricornio, pensó que esas aguas estarían tan tibias como las de Bretaña a finales del verano.

El oeste de Bretaña no se parece en nada a Tongoy, los pastizales y frondosas campiñas verdes del oeste de Francia comparado con el resistente y árido paisaje del norte chico de este país, generan un brutal contraste en la mente del muchacho “En Chile, los árboles parecen ser más pequeños que en Francia” comenta Florian Vignal, estudiante de negocios de 23 años radicado en París y que en el 2014 eligió a Chile como su destino para realizar un intercambio estudiantil.

Al salir del agua toma su toalla, se seca y exclama por el frío. El joven impone un pálido y esquelético cuerpo de más de un metro y noventa centímetros. Es calmado y tímido al hablar. Su español no es perfecto pero sí da el abasto para mantener una conversación trivial. Dice que aprendió este idioma de manera autodidacta en un sólo verano en España, afirmación que es de inmediatamente puesta en duda por los amigos que lo acompañan.

Florian Vignal nació en Francia, particularmente en la localidad de Bretaña. A los 18 años se mudó a París a vivir sólo e ingreso al *Lycée François René de Chateaubriand* a estudiar negocios. Fue ahí donde se le presentó la oportunidad de hacer un intercambio estudiantil y seleccionó Chile como su destino por los próximos seis meses

“La verdad es que no conocía mucho de Chile, tiene una buena imagen en Francia, es un país atractivo, pero es el más desconocido de América del sur. Generalmente cuando uno habla de esta zona, habla de Argentina o Brasil, ¿pero Chile? Nada” cuenta tras ya recuperar un poco el color. Reconoce que la leyenda negra que existe sobre este continente pesó mucho en su elección, según él, son muchos los casos de jóvenes europeos que son agredidos en los países latinoamericanos, cuenta que le han llegado historias donde coterráneos suyos han sufrido robos e incluso actos violentos por parte de la población local. Por lo mismo, Chile resultó ser el destino más viable para este muchacho, pues su imagen en el extranjero es la

de un país tranquilo y ordenado “El más parecido a nosotros” sentencia con una incómoda sonrisa.

Fue en julio del 2014 cuando Florián arribó a este país. En una primera instancia, el muchacho no tenía muchas expectativas sobre cómo era Chile y su gente, en una vaga idea creía que este respondía a la imagen estereotipada de lo latino, gente expresiva y un clima tropical. Pero al llegar se topó con algo totalmente diferente. El frío seco típico del sector poniente de Santiago le dio un golpe al bajarse del avión, “nunca pensé que iba a ser tan helado este país, sabía sobre las montañas de Los Andes y todo eso, pero no creía que en las ciudades uno encontraría ese frío, de saberlo hubiera disfrutado un poco más del agradable verano francés” comenta.

Ya son las dos de la tarde y hay que ir a comer. Antes, pasan a buscar un par de cosas al auto que arrendaron a unos amigos en Santiago. Es un Volkswagen Transporter T1, popularmente conocido como “Kombi”. El auto, que luce una patente BA, apenas tiene espacio para los tres chilenos, dos franceses y una italiana que lo comparten. El vehículo proporciona vivienda y transporte a los jóvenes que pretenden recorrer el norte de Chile. Unos son más escépticos y creen que Tongoy es la última parada antes de volver a Santiago y a los estudios. Florian aún tiene fe y cree que por lo menos deben llegar al Valle del Elqui “me han contado que ese lugar es grandioso y creo que si no lo conozco ahora, nunca lo haré”

Cuando llegó a Santiago en el mes de julio pasó los primeros meses en un hostel en calle Agustinas que halló en internet antes de dejar Francia. El español aprendido en Europa pronto quedó totalmente obsoleto: “Para entender el acento está bien, pero las palabras chilenas, esas sí que son difíciles. No sabía que habían tantas y tan complicadas. Me costó mucho entenderlas”. La golpiza propinada por el engorroso vocabulario Chileno, aisló al muchacho un par de semanas, no sabía dónde ir y la ciudad se mostraba misteriosa y cambiante ante él.

Fueron días terribles para el francés, nunca había estado tan segregado. El idioma era indescifrable y lo único que le daba aliento eran las visitas esporádicas de otros viajeros al hostel.

Así, a principios de agosto, dejó el hostel del centro por un cómodo departamento compartido en Manuel Montt. En este lugar, conoció a los que se convertirían en sus compañeros de

viaje, David y Thomas, ambos franceses. Todos llegaron por sus propios medios y nadie se conocía antes de compartir la casa “Hay un contacto que es chileno y que administra el departamento. Es un contacto de un contacto. Yo no conocía a esta persona y con Facebook logré conseguir el número teléfono de la dueña, la llamé y todo bien” Florián recuerda.

Ya es hora almorzar y la caleta de Tongoy está llena. A los franceses les causa una enorme curiosidad la cantidad de mariscos vivos que hay ahí. Ven en un puesto a un hombre desconchar una pareja de ostiones y rociarlos con limón, acto seguido se los envía a la boca sin ningún escrúpulo. Ninguno se atreve a probar mariscos tan frescos. Sus amigos chilenos les advierten que no es recomendable hacerlo, pueden venir con “Marea roja” y sería la última vez que se les vería de pie y no en el baño.

Los franceses se llevan muy bien con Manuela, Miguel y Javier. Este trío de chilenos conoció al grupo en una de las tantas salidas de los europeos al barrio Bellavista. Manuela cuenta que en una noche se topó con Thomas y éste le pidió que le sirva de intérprete para negociar unas entradas al bar “Kapital”. La muchacha compartió con los franceses y se ofreció de guía turístico de la ciudad. Entre esas salidas, fueron conociendo a los demás miembros del actual grupo, quienes sólo comparten la amistad, pues todos provienen de distintas partes de Francia y Europa, mientras que en Santiago estudian en diferentes universidades.

Desde que llegó, Florian ha tenido problemas en relacionarse con los chilenos “Son fríos, nada como me los imaginaba, es difícil saber lo que piensan y sus sentimientos acerca de ti. En la universidad es difícil hacerse amistades, llegué ya en tercero y parece que todos tienen su grupo de amigos armado. Sin embargo, cuando los conoces más te das cuenta que son muy simpáticos, agradables y la verdad que tratan de ayudarte.” Esto lo dice por esa vez que un grupo de compañeros de la Universidad Católica lo ayudaron a comprar una bicicleta por “Mercado Libre”, la misma que ha usado durante todos los días desde su casa en Providencia, hasta el campus en San Joaquín.

Para él, el campus es muy diferente al que asistía en París “mi escuela donde yo estudiaba, queda dentro de París y es muy pequeña. Lo de Santiago es muy diferente, nunca había estudiado en un campus tan grande, y me parece muy bien porque hay de todo, si quieres comer algo en particular vas encontrarlo. Hay mucho espacio y hay muchas salas para estudiar. No sé, es un ambiente bastante agradable”

A pesar de estudiar en la facultad más elitista de la Universidad Católica, Florian ha podido penetrar un poco su conocimiento sobre las desigualdades de este país: “Unas semanas después de llegar, encontré a una familia chilena que vivía en la población de la Victoria. Es una anécdota que me hizo darme cuenta de dos verdades importantes sobre Chile: la generosidad infinita de los chilenos y las profundas desigualdades sociales que siguen marcando el país. Encontré a esta familia después de una misa que se hizo en la población. Fui por que el cura era francés y conocía al abuelo de mi polola, así que me puse en contacto con él para descubrir un poco más la vida “real” de los santiaguinos. Sin conocerme, una familia me saludó después de la misa y me invitaron a desayunar con ellos, siendo ellos muy humildes. Los vi varias veces en su casa, para compartir comida, hablar de nuestras vidas. Me contaron mucho sobre las desigualdades en Chile y del impacto que tuvo la dictadura sobre la vida de las poblaciones más pobres.”

Fueron múltiples las veces que Florian visitó a ésta familia, dando con una historia que nunca le apareció en los catálogos turísticos sobre Chile, reconoce que no sabía sobre esto debido a su ignorancia, no leyó mucho de la historia de este país antes de venir y lo que le tocó escuchar lo dejó con sentimientos encontrados “desconocía las atrocidades que ocurrieron aquí. En Francia no me tocó saber mucho de eso, mi conocimiento era más básico y no creí que en esta región se había derramado tanta sangre” cuenta luego de ponerse serio.

Luego de comer reineta con arroz, vuelven al auto. Son las cinco de la tarde y el sol, pálidamente, hace el amague de un día caluroso. Esta es la hora donde los muchachos de intercambio empiezan a comunicarse con sus amigos que están en Europa. Son cuatro las horas que separan un contiene del otro y el “Whatsapp” se los hace notar.

Por la misma forma del viaje, el celular se ha convertido en el portal de comunicaciones por excelencia. En éste, pueden nutrirse de todas sus redes sociales, además de responder mails y hablar con sus amigos. Sin embargo, con su novia que está en la India, Florian prefiere tomarse más tiempo y utilizar un computador normal, pues son alrededor de ocho horas y media las que separan Chile de Cachemira y la comunicación la hace por diferido, sumado además que aprovecha de este tiempo para ponerse al día con la versión electrónica del diario *Le Monde*, el cual trata de leer todos los días.

También tiene otros amigos viajando simultáneamente por Latinoamérica. Está Jean-Pierre, compañero y amigo de toda la vida que actualmente hace un intercambio en la Pontificia Universidad Católica de Perú; y está Laura, amiga de la vida y que hace un intercambio en la Universidad Nacional de Colombia. Luego de que terminen cada uno sus respectivos intercambios, planean hacer un viaje en conjunto por Latinoamérica. “Nos juntaríamos al final del año todos en Perú, para luego recorrer y pasar a Bolivia. Está también Brasil, pero ese destino es para las últimas semanas de este viaje, ninguno conoce ese país y por lo que hemos escuchado es un buen destino para relajarse” Algo totalmente opuesto a Santiago, que la define como “una ciudad neurótica”.

El joven recuerda una vez que se subió a una micro. La experiencia fue horrible, creyó que todos iban a morir por lo rápido que frenaba el autobús en cada parada. Desde esa vez que no se sube a una. No le gusta mucho la ciudad, prefiere de vez en cuando escaparse a las montañas “Fui una vez a hacer senderismo una tarde. No me acuerdo donde. Tomé el Metro hacia Príncipe de Gales y luego tomé un autobús, estaba muy bien el lugar. Desde la cima de la montaña vi el río Mapocho y me pareció que está muy mal, porque no parece río sino un arroyo, alguien se está robando su agua” dice y lanza una peculiar risa que desata otras carcajadas en sus amigos.

Aprovechan lo que queda de tarde haciendo una visita a la feria de artesanía, trata de comunicarse con los vendedores, pero aún el vocabulario chileno lo deja en jaque. Ya ha empezado a interiorizar palabras como “Cachai” “Bacán” y “Carrete”, siendo ésta última la palabra favorita de él y sus amigos. La encuentran divertida y señalan a todo lo que viven como un “Carrete”. Se entretienen usando este término y la gente se ríe cuando la pronuncian con su tosco acento.

De hecho, en unas horas más planean abandonar Tongoy y dirigirse a La Serena. Allí Miguel tiene el dato de un hostel barato donde dejarán los bolsos y partirán directamente a la costanera del Casino a “Carretear”.

En Santiago, es difícil carretear tan seguido como lo ha hecho en este viaje por el Norte Chico, ya que principalmente sus finanzas se van directamente a la comida. Sus compras en un principio se dieron en un supermercado Líder que estaba en la esquina, pero éste era muy

caro: “Voy dos veces por semana en mi bici a comprar frutas y verduras a la Vega, sino voy al Líder cuando quiero algo de calidad o al Ekono cuando quiero salvar plata para mis viajes”

No solo las verduras son las caras, según Florian, el transporte público también supera al de Francia en precio “el problema es que cuesta mucho, cuesta más que en París. La verdad que eso no lo puedo entender. Uno creería que acá las cosas son más baratas que en casa, pero no, solo la vivienda es más barato que París, todo lo demás es más caro, cosa que nunca me lo imaginé” sostiene el joven.

En septiembre ocurrió lo que sin duda marcó más al francés durante toda su estadía. Fue en el marco de las fiestas patrias que conoció la otra cara de los chilenos. Las personas que en un principio se le mostraron como seres tranquilos y amables, desfundaron sus máscaras y lo introdujeron en el ambiente dieciochero. La fiesta lo sorprendió de sobre manera “Es raro, porque no sabía que hubiera gente tan patriota, que Chile signifique tanto para ellos, hay de esos en Francia, pero nunca al punto de festejar una semana por tu país, es de locos, se nota que acá quieren mucho a su tierra”.

Ya el grupo despidió a Tongoy, la pequeña península que se mostró amable durante la breve visita de estos jóvenes para quienes este lugar solo será otro recuerdo de esta experiencia. Pocos han sido los franceses que han introducido en su libro de viajes este lugar del mundo. Uno de ellos fue Florian y su paso, si bien fue breve, tuvo un impacto en el muchacho. Nunca había visto tal geografía, ni tal personas. Eso de una caleta de pescadores, era un término desconocido para este europeo. El pescado y los mariscos eran conceptos asociados al congelador y la lata de aluminio, jamás al movimiento y el limón.

Pero lo que lo cautivó y le desarmó el alma, fueron las luces que emanaba el cielo una vez que el sol se escondía. Como si de un momento a otro, uno se diera cuenta de que hay millones de ojos brillantes que miran a Tongoy. El cielo más bello y decorado que haya visto en su vida.

Ya es de noche y como se planeó, dejaron los bolsos a salvo en el hostel del centro de La Serena. Dejaron Tongoy y como recuerdo se llevó una concha de ostión con el nombre “Tongoy 2014” escrita en el centro. Ahora, Florian luce su atuendo a la moda europea: una chaqueta de género, una camisa de seda, pantalones apitillados, mocasines y una bufanda al

cuello. Este estilo, lo hace resaltar en la fila de la discoteque “Kamanga” ubicada a unos pasos del casino y que es la más renombrada de la noche coquimbana. Su aspecto “afrancesado” incluso saca un par de risas en los locales. “Se fue en volada con la pinta” dice un compadre más atrás.

El grupo de extranjeros sin duda genera curiosidad entre todos los que hacen la espera. No es común ver tantos y tan exóticos como ellos. De eso se percató el dueño del local, que tras entablar una pequeña conversación con Thomas, decidió invitarlos a no pagar los cinco mil pesos que cuesta la entrada y los hizo pasar al salón V.I.P del club, además de regalarles una botella de pisco para su deleite.

Nunca en su vida había sentido tal discriminación. Sólo lleva unos pocos meses y ya saltó al bando de los privilegiados. “Me han tratado bien, no sé si es por ser yo o porque vengo de Europa”. Se acerca a la baranda que da al primer piso, ve un grupo enorme de gente bailando y los saluda. Hace tiempo que no llegaba un francés a estas tierras.

Una chilena en Java



Constanza Flores acaba de llegar de su intercambio laboral en Indonesia. Fueron seis meses, donde la chilena tuvo que dejar todo para ir a trabajar en una de las cementaras más grandes de ese país. Indonesia y Chile, tienen poco en común, no obstante las experiencias recogidas por ella, muestran que el choque cultural entre lo chileno y lo indonesio genera una enorme curiosidad entre ambas partes. Desde la perspectiva de géneros hasta las relaciones interpersonales. Las vivencias relatadas conforman a lo vivido por esta chilena y como dos mundos se fusionan.

Son las siete de la tarde y se ve escaso movimiento dentro del bar “El Melón” en la comuna de La Reina. Hay un par de jóvenes que celebran un tercer tiempo viendo el partido de Paraguay contra Brasil por la Copa América. Este es un buen lugar; sándwiches grandes y pitchers a razonable precio. No sé por qué hoy si hay un excelente panorama para beber con los amigos, está tan vacío. Demás es el frío. Este frío seco que nos ha traído el invierno, de seguro te hace pensar dos veces antes de salir de casa.

Entre estas reflexiones baratas que me hago, me percató que ha llegado quien estoy esperando. Entra al Bar una mujer alta, de contextura delgada y de cabello ruliento. Lo primero que me llama la atención es su peculiar camisa.

“-¿Qué es eso que traes puesto?- lanzo.

- Un Batik ¿no que es lindo?- me responde inmediatamente lanzándome una sonrisa.

- ¿y que es un Batik?- desnudo mi ignorancia frente a ella.

-Es una prenda típica de Indonesia, una camisa con un estampado especial, estas nacen por Yogyakarta, que es un estampado que se hace a mano con tinta y agua caliente. Claramente hoy en día las cosas se hacen más de manera industrial. Pero la idea es la misma. Todos los días viernes la usaba en la oficina y ahora la uso generalmente el fin de semana, me encanta”

La mujer se sienta y levanta la mano haciendo un ademán al dueño. Se acerca un tipo corpulento luciendo unos bigotes estilo káiser “Un pitcher entonces” exclama y se da media vuelta. “Desde que llegué, he tomado todo lo que no me dejaron allá” lanza junto a una risa.

Su nombre es Constanza Flores de 24 años, oriunda de Ovalle, pero vive actualmente en Santiago. Estudia Ingeniería Civil en la Universidad de Chile y durante los últimos seis meses estuvo haciendo una pasantía en Indonesia.

Si bien no fue la primera vez que realizaba un intercambio, éste tenía una connotación diferente, pues era de carácter profesional, sumado a la dificultad de poder realizarlo y lo exótico del destino. “Lo que pasa es que no es un intercambio tal cual, es hacer una pasantía en el extranjero. Esto nace porque la universidad hace cinco años, más o menos, empezó a tener buenas relaciones con embajadas del sudeste asiático como la de Malasia, Indonesia y Singapur, entre otras.

A raíz de esto, esas embajadas empezaron a acudir a la universidad en busca de generar buenas relaciones con Chile y buscar otros métodos de transmitir conocimientos e información entre los países. Así empieza este programa que ofrece a los alumnos la posibilidad de hacer prácticas en el extranjero patrocinadas por los consulados. Eso fue hace cinco años, hoy en día, anualmente salen alrededor de seis cupos.”

Fue largo el proceso de selección, pero gracias a sus buenas notas y excelentes resultados, consiguió el lugar. Fue la única mujer de seis beauchefianos en obtener esta oportunidad, lo que gatilló ciertas inseguridades en ella, pues ir al otro lado del mundo sólo con hombres que apenas conoces puede ser una decisión arriesgada.

No obstante, la ansiedad producto de lo desconocido no le truncó la posibilidad de realizar el viaje. Así, el tres de enero partió junto a su grupo a la ciudad de Bangkok. Ella no sabía con certeza con qué se iba a encontrar, entendía que las cosas allá eran diferentes, pero su visión se nublaba al tratar de concretar sus pensamientos en imágenes precisas. Iba camino a un mundo muy diferente al de Ovalle y eso, no la dejaba indiferente.

Además, lo único que sabía con seguridad era el nombre de la empresa que estaría esperándola para hacer su práctica. Al principio pensó que había ocurrido un error en el nombre, lo chequeó en internet y quedó perpleja. La compañía se trataba de una multinacional cementera llamada “Semen Indonesia”, un nombre poco común y gracioso por estos lados, pero que allá es un gigante al nivel de producción de cemento: “Igual fue chistoso, porque a la vuelta nos regalaron un montón de cosas con el logo de la compañía en él y nos pidieron que nos sacáramos una foto en el aeropuerto, sin embargo a mí se me olvidó sacarme la polera y cuando llegué a Santiago luego de muchas horas de vuelo, noté que a la gente le hacía chiste verme con la palabra semen escrita en mí”

El grupo destinó sus primeros tres meses a recorrer y conocer de manera turística el sur este asiático. Su primera parada fue Tailandia. La ciudad de Bangkok de inmediato generó un contraste a lo que ellos esperaban. Si bien el aspecto de ésta correspondía al del imaginario oriental, su forma de vida era muy occidentalizada. Todo estaba volcado al turista europeo y norteamericano. Lo que este lugar dejó en ellos no fue una buena experiencia, un “caos europeo” como Coni la cataloga.

Fuera de esto, rescata sus múltiples templos budistas y su exquisita comida, que si bien tiene un buen sabor, hay que tener cuidado, ya que su elaboración se aleja mucho a los estándares higiénicos que uno podría imaginar. Por lo mismo, antes del viaje obligaron a todos someter sus brazos a jeringas, con el fin de no contraer Fiebre Amarilla, Tifus o Hepatitis C.

En los primeros meses, recorrieron exóticos lugares pero siempre con la compañía de un batallón de occidentales que inundaban todos los destinos. Eran miles y su presencia se hacía notar. Cada playa o ciudad, se encontraba atestada de estos personajes que vivían su experiencia de un modo bullicioso y desordenado.

Fue esto, entre otras cosas, lo que hizo que el grupo prefiriera destinos poco conocidos, y el resultado se tradujo en vivencias únicas: “Mientras que todos iban a Bali o a Gili, nosotros optamos por ir al centro de las islas y una vez terminamos en un templo donde la mayoría de los visitantes eran asiáticos. Entonces cuando llegamos a este templo se nos vino una avalancha de personas que nos preguntó de dónde éramos, que veníamos a hacer ahí, todo esto de una manera muy respetuosa. Al principio solo los niños se nos acercaron, parecía que eran de un colegio y que estaban haciendo un viaje de estudio, pero mientras empezábamos a subir por el templo, la gente comenzó a sacarse fotos con nosotros. Ya no eran solo los más chicos, sino familias completas con abuela incluida. Nosotros creíamos que éramos demasiado exóticos para ellos. Para que te hagas una idea es como si llegará un grupo de ucranianos a Ovalle.” Me cuenta, toma los cigarrillos y se prende uno.

Ya el primer pitcher se ha acabado, mientras tanto la tele muestra el gol que Robinho acaba de hacer contra Silva, un pase venenoso al área chica y respuesta del crack brasilero. Nada que hacer. “Los niños jugaban fútbol, pero no había un deporte que los volviera locos. Uno no ve gente trotando en la calle o haciendo deporte al aire libre, nada de eso” me cuenta tras ver la repetición del gol.

Las diferencias entre Chile e Indonesia son enormes. Me cuenta que allá prácticamente no existe el transporte público, todos andan en moto. La motocicleta es el vehículo por excelencia, todos la usan, sin discriminar por edad o género, incluso el uso de este transporte llega a situaciones ridículas, uno puede ver a dos, tres e incluso cuatro personas subidas en una misma moto. Nadie usa las veredas, salir a la calle para alguien de Indonesia lleva por tanto subirse a la motocicleta.

El tráfico es caótico, motos por todos lados sin respetar ninguna señal. Me cuenta que uno se acostumbra luego de unos días, los vehículos pasan a menos de medio metro de uno y ni se inmutan. Fue en Vietnam, cuando uno de estos motoristas se hizo el lindo y le robó la cartera, dentro de ella tenía su carnet y mucho dinero. Los amigos salieron persiguiendo al tipo por unas cuadras, pero luego se perdió en la multitud. “Esa es una bienvenida estilo Vietnam” me lanza junto a una risa: “Menos mal no tenía mis documentos más importantes” sentencia y toma el vaso.

Muchos no saben que Indonesia es un país que ha vivido múltiples transformaciones culturales durante su historia. Desde el siglo VI que este archipiélago ha sido clave en el comercio de especies a nivel mundial, lo que ha generado múltiples sincretismos a nivel cultural.

Actualmente el gobierno, autoritario y conservador, reconoce cinco religiones oficiales en el país. Estas son el Catolicismo, Protestantismo, Budismo, Hinduismo e Islamismo, siendo el último la religión mayoritaria del país. Para cualquier mujer “occidental” uno creería que es sumamente difícil y arriesgado ir a meterse a un país musulmán. Hoy en día, se bombardea mucha propaganda travestida de información objetiva sobre estas culturas y el respeto por la mujer es algo que deja mucho que desear. Pero este no es el caso de Indonesia, pues es un pueblo muy tradicionalista y respetuoso.

Me cuenta que los hombres siempre tomaron mucha distancia de ella, todos los saludos eran casi con un metro y medio de separación y con reverencia. Únicamente le hablaban si ella les dirigía la palabra primero. Señala que la tradición es muy fuerte allá, incluso al punto de que existe un pequeño malestar entre la población, porque, según ella, el gobierno ha presentado indicios de relajación, a la gente allá no le apetece mucho las libertades, prefieren no alterar su modo de vida.

Me ejemplifica este punto con el caso de un tipo que conoció en la empresa. Él era un gerente de alrededor de 34 años, que recién el último mes se había emancipado de sus padres. Hasta aquí, ésta realidad no es tan diferente a la que se tiene en Chile, no obstante aquí viene la parte curiosa. Me cuenta que el hombre tuvo que pedirle permiso a su papá para abandonar

la casa, el patriarca aceptó, pero sin antes infórmale que él le elegiría la casa para vivir. Como si se tratara de una mala broma, el papá le señaló que la única vivienda donde él podía comenzar su nueva vida, era la casa de al lado, la misma que a su vez compartía la muralla con la mezquita de la calle. Fueron casi tres meses de súplica para lograr que su padre cambiara de opinión y lo dejara vivir una cuadra más abajo. Todo un rebelde.

Me muestra una cajetilla de cigarros de allá, parecen ser unos Lucky Strike, pero con una tipografía imposible de descifrar. Me cuenta que la forma como los obtuvo la marcó. Antes de empezar su pasantía, el grupo se hizo muy amigo de uno de los administradores del hostel donde se hospedaban. El tipo, que vivía en la isla de Lombok, los invitó a pasar por su casa cuando estuvieran por ahí.

Luego de una semana, el grupo logró dar con la casa del administrador y pasaron a verlo. El tipo vivía en una especie de cité junto a toda su familia, era un pasillo largo y angosto que a los lados daban pequeñas puertas que conducían a piezas. Al final, había una pequeña mezquita que era usada exclusivamente por la familia. Al llegar, se encontraron con varios miembros del grupo familiar arrojándose baldes de agua sobre el cuerpo. Esta la sacaban de un pozo rudimentario, y se la lanzaban sobre la ropa, una buena medida para capear el calor. Las mujeres, que no llevaban puesto el Burka, no se esperaban tamaña visita. Su vergüenza fue tal, que mojadas y todo, se fueron a esconder a una de las piezas.

El administrador los invitó a pasar al comedor, se sentaron en una pérgola que se unía con el suelo y hacía una especie de mesa arraz de piso, todo esto de bambú. De pronto, entró una señora con múltiples platos y los sirvió en la mesa. Llegaron todos los miembros de la familia a ver este acto. Ninguno se sentó, ni comió junto a las visitas, sólo se pararon en grupo frente a los chilenos, maravillándose al escucharlos hablar o verlos comer. El administrador, que era el único que manejaba el inglés, se acercó a Coni y le dio un paquete de cigarros. Sabiendo que ella fumaba, la invitó a fumar frente a todos. La joven accedió y prendió un cigarro luego de haber terminado la comida. El asombro fue transversal, nunca habían visto una mujer fumar y eso generó una curiosidad enorme entre las más chicas de la familia. En ese momento se rompió la formalidad y las niñas rodearon a Constanza. Ninguna podía creer que una mujer pudiera fumar, así que apenas se terminaba un cigarro, las niñas sacaban otro y repetían “Smoke, Smoke”.

Fueron alrededor de cuatro *puchos* al hilo los que tuvo que fumar, no porque lo quisiera, sino para asombrar a las crédulas jóvenes. Ya terminado el acto, las niñas se juntaron y le empezaron a tocar el pelo, muchas nunca habían visto un pelo ruliento, la tomaban y la llevaban a sus piezas para que conociera la intimidad de ellas. Los chilenos estuvieron toda la tarde compartiendo con la familia. Ya llegada la noche, el administrador los llevó al puerto de la ciudad y como un acto de agradecimiento, le dio dos cajetillas de cigarras a Coni.

Hasta el día de hoy guarda una de estas cajetillas como un amuleto. Aún tiene los 20 cigarras y al mirarlos le trae recuerdos. Paraguay empató el partido tras un penal hecho por el central brasilero. El local ahora sí que está lleno de personas.

Fue al cuarto mes cuando entró definitivamente a la práctica. La empresa tiene su centro de operaciones en la ciudad de Gresik, un puerto al este de Java que tiene un millón de habitantes. Ahí, la compañía le cubrió todas las necesidades básicas para vivir, como alojamiento, comida y transporte, sumado a la inscripción a un gimnasio para gastar el tiempo libre.

A Coni le tocó trabajar en el departamento de marketing. Su tarea principal era analizar una encuesta con modelos predictivos, que evaluaba como podía funcionar la demanda de cemento si se cambian unos detalles del empaque. Eso dictaba el papel, pero la realidad fue otra, pues ese trabajo ya estaba prácticamente listo, solo faltaba incluir unos pequeños detalles, cosa que la mujer terminó en la primera semana de trabajo. El resto del tiempo se dedicó a leer novelas y buscar cómo ayudar, en lo posible, a sus nuevos colegas.

Así pasó casi toda su estancia en Gresik, todo muy rutinario y aburrido. La mayoría de los días se despertaba a la cinco de la mañana gracias a la vibración que producía el canto de los primeros rezos de la mañana por parte de los vecinos. Luego a las siete tomaba uno de los peculiares desayunos que la empresa ofrecía (hot dogs, hamburguesa o arroz con ajo y huevo). El apetito, sólo le duró una semana, la concepción diferente de un buen desayuno le trajo resultados nefastos. Así que luego de la segunda semana, el té se volvió su mejor aliado matutino. Ya en la oficina, buscaba la mayor parte del día una tarea para rellenar la tarde y ocasionalmente ayudaba a esconder a sus compañeros musulmanes que se saltaban el rezo de almuerzo “Hay muchos que a mi parecer, no eran muy creyentes, seguían la religión para

que no los miraran mal. En la oficina, había una salita de rezo en cada piso del edificio, así que cuando tocaba la hora de rezar ahí se agrupaban. Pero la mayoría buscaba la forma de saltarse este rezo, así que yo les ayudaba a inventar alguna reunión misteriosa a la hora de almuerzo.” Me cuenta.

En el trabajo se hizo muy amiga de dos indonesios: Riska Aini, una mujer de 25 años perteneciente al área de marketing y Sigit Wahono, un hombre de 30 años del área administrativa. Ambos se acercaron mucho a los chilenos, su percepción de ellos era la de un grupo de personas muy libertinas, que sabían pasarla bien, cosa que les generaba una enorme curiosidad.

Ya para la última semana, la empresa les organizó una comida oficial para despedirlos. Su gratitud por el trabajo de los chilenos se manifestó en una breve carta escrita por Dwi Soetjipto, el gerente general de la compañía. Luego de esta formalidad, todo fueron a comer al centro de la ciudad. Ahí, Riska, quien había pedido permiso a su madre para acompañar a los chilenos, tuvo que irse a las 10pm debido a que se le hizo tarde. El resto siguió la celebración y terminaron en la casa de Ghieshom, otro miembro del área de marketing.

Ghieshom, a diferencia de sus compañeros, le había tocado viajar hartito por temas de trabajo, además ya sabía como eran los chilenos, había compartido con los otros grupos que llegaron a hacer la pasantía en años anteriores, por ende sabía de la cultura étnica típica de los que son oriundos de Chile y en este último día, los invitó al pequeño bar que había armado en su casa.

Cabe señalar, que en Indonesia, el alcohol, si bien no está prohibido, es sumamente difícil conseguirlo. Gheishom había armado su arsenal principalmente con contrabando y regalos. Él no tomaba, pero permitía que sus compañeros sí lo hicieran.

El grupo celebró esta última noche bebiendo todo lo que no habían podido beber en los últimos seis meses. Junto a ellos, se sumó Sigit, quien lo hacía por primera vez. Los resultados fueron catastróficos. Sigit, luego de tomarse al seco dos cortos de whisky, entró en una borrachera de la que nadie lo pudo sacar. A eso de las 4 de la mañana, Ghieshom decide irlo a dejar a su casa. El problema era que Sigit estaba casado y le había dicho a su

mujer que llegaba temprano. Al dejarlo en la entrada de su casa, Ghieshom se devuelve y continuó celebrando la despedida.

Al día siguiente, todos habían acordado en ir a dejar a los chilenos al aeropuerto. Tras una última despedida en la oficina, los dos máximos amigos de la comitiva chilena, Riska y Sigit, no estaban dentro del grupo. Fue una sorpresa y Coni preguntó qué había ocurrido con ambos. Riska fue castigada por su madre debido a que llegó a las 11pm y si nadie que la acompañara, por los próximos tres meses no tendría permiso de salir luego de las nueve de la noche.

Mientras tanto, producto de su borrachera, Sigit, no logró abrir la puerta de entrada a su casa, desmayándose en el pórtico de ésta. En la mañana, su esposa lo sorprendió durmiendo y le pegó con un zapato. Ambos no pudieron despedirse de los chilenos, pero si se crearon Facebooks para seguir en contacto.

La tanda de penales ha terminado, Brasil se queda con las ganas y Paraguay avanza en el torneo. Ya son tres los pitcher que se han agotado y Coni me cuenta de su vuelta. Ha sido difícil y le ha costado retomar su vida, la experiencia de haber conocido un mundo nuevo la dejó con deseo de ir por más. Mientras tanto, le pregunto si toda esta aventura le ha dejado alguna enseñanza. Piensa unos minutos y me dice: “Yo creo que nosotros fuimos un grupo que estuvimos muy unidos a ellos. No sé si hubo una enseñanza en particular, fuimos muy cercanos y creo que pudieron conocer la cultura chilena en ese sentido. Por el lado de nosotros, creo que la enseñanza más grande fue abrir la mente, respetar una cultura diferente, que las personas son diferentes y hay que aprender a entenderlas”

La noche se acaba y el bar ya está vacío, la mujer se levanta y nuevamente me quedo mirando su Batik y me quedo pensando: “Indonesia es un país enorme, 250 millones de habitantes, cada uno un mundo complejo, sin embargo mi única aproximación a ésta exótica región es un Batik”.

De Trujillo al Teniente



Las oportunidades en Trujillo se han visto truncadas. Así Luis Ángel opta por dejar su natal Perú y hacer su práctica profesional en la mina El Teniente. De origen humilde, Ángel utiliza su inquebrantable fe en dios para superar cada desafío que el panorama chileno le presenta. No es fácil ser un peruano en Santiago y él bien lo sabe. Luego de su práctica, es invitado a realizar un magister en ingeniería en minas en la Universidad Católica, ahí se enfrenta a la vida universitaria, dividiendo su tiempo entre el fútbol, su pasión y su fe en dios.

Son las ocho de la mañana y Luis ya tiene su Biblia en mano. Su pequeña pieza, ubicada en el piso 38 de una torre que parece radiador frente al campus San Joaquín de la Universidad Católica, se convierte a estas horas de la madrugada en su pequeña capilla. Toma el libro y saca un pasaje al azar. Juan, su evangelio favorito. Lo lee y toma unos minutos para absorberlo “La palabra está viva”. Cierra el libro y comienza a prepararse para ir a clases.

Todas las mañanas son iguales, siempre lee su biblia antes de hacer cualquier cosa, cultiva su fe con rigurosidad, “soy adventista, lo heredé de mis padres, de mi madre sobre todo, de ahí que todos en mi casa son adventistas.” Señala Luis Ángel Zegara Rengifo, de 26 años

Es primera vez que sale su país. Su vida, prácticamente se ha desarrollado en un solo lugar, en Trujillo, la ciudad de la eterna primavera, la tercera más poblada de Perú y al mismo tiempo, uno de los balnearios más visitados. Ahí, vivía con sus dos padres y sus cinco hermanos en una modesta casa a cuerdas del centro histórico de la ciudad. A pesar de que sus raíces, como él las llama, son de la parte andina del norte de Perú, él nunca había salido de su natal Trujillo en sus 24 años de vida.

Todo esto cambió luego de egresar de ingeniería en minas de la Universidad Nacional de Trujillo, la única estatal de aquella ciudad. Si bien la ingeniería nunca fue lo suyo, más bien son las habilidades blandas y el contacto con las personas lo que más le cautiva, condujo sus estudios de manera notable, graduándose en 2011.

En un principio quería estudiar leyes, pero salir del colegio a los 16 años deja a cualquiera con la vida a la deriva. Fue su padre el que lo obligó a estudiar ingeniería: “No teníamos mucho dinero en casa y de mis cinco hermanos, solo tres tuvimos la posibilidad de estudiar algo. Ingeniería es la carrera con mayor futuro de todo Perú, por lo que si realizaba bien mis cosas, nunca me iría a faltar el trabajo”.

Antes de salir de la casa, toma sus botines favoritos y los guarda junto a su equipo en un bolso de deportes. Si bien la fe es su mayor pasión en esta vida, lo segundo vendría siendo el fútbol. Desde que tiene memoria ha practicado este deporte sacando muy buenos resultados, incluso proponiéndose llegar a desempeñarlo a nivel profesional: “cuando tenía doce años, sí que era muy bueno, soy zurdo, así que podría haber llegado a jugar en primera”.

Pero el sueño de debutar en las ligas mayores no se pudo concretar debido a que practicar fútbol era incompatible con su fe: “resulta que mi madre en ese momento me hizo asumir la religión que permiten guardar el sábado para dedicarlo al rezo. Entonces, cuando uno es niño hace lo que mamá te dice, aunque no lo entiendas. Desde ahí deje de entrenar los sábados y en fin, deje eso, seguí jugando amateur”, cuenta con un leve sopeso.

No obstante, desde que llegó a la Universidad Católica ha formado parte del equipo oficial de esta institución. Lo llaman “El Ceviche” en alusión al plato peruano. Su titularidad es indiscutida, su posición se alterna entre un falso 9 y extremo derecho o izquierdo. Un jugador diferente, zurdo y de velocidad, distinto a cualquiera que pise el césped en San Joaquín.

Ya sus compañeros han despertado. Vive en un departamento compartido junto a dos chilenos: Matías de Rancagua y Alfredo de los Andes. El grupo llegó a conocerse gracias a una publicación en Facebook que ofrecía arrendar el inmueble. Cada uno llegó por su lado y se armó una especie de familia que ha perdurado un año y medio.

Fue a fines del 2011 cuando se le dio la oportunidad de realizar una práctica en el extranjero “Resulta que yo terminé en diciembre del 2011, me gradué y me ofrecieron una práctica en la mina el Teniente de Codelco. Esto queda en Rancagua, a una hora y media hacia la cordillera, es la mina subterránea más grande del mundo, es impresionante. Nunca había salido de Trujillo y ahora tenía la oportunidad de ir a trabajar a un hoyo a más de 3000 kilómetros de mi hogar”

En enero del 2012 llegó a Chile sin saber mucho del país donde alojaría por los próximos tres años. Su primera impresión fue lo mal que hablaban los chilenos: “Hablan muy raro, diferente a como se habla el español en Perú, me costó mucho entender, pero fue gracias a los trabajadores de la mina, quienes me hicieron un cursito rápido de chileno, que logré manejar este lenguaje”

Apenas puso un pie en este país, fue trasladado a Cauquenes para prepararse a subir a la mina. Su trabajo consistió en supervisar el funcionamiento de uno de los molinos de rotor que producen la molienda de los minerales extraídos. Debido a que su origen está en el norte de Perú, ignoraba las relaciones históricas entre chilenos y peruanos, cosa que le valió más de una burla dentro de la mina: “No sabía mucho de la Guerra del Pacífico, ni que habían tantos

peruanos dentro de Chile, sin embargo las primeras semanas de trabajo me molestaron de que llegaba otro peruano en busca de trabajo, de que nos habían ganado la guerra y otras cosas por ese estilo. Yo no lo entendía, no soy muy bueno en la historia latinoamericana y menos en la chilena. Fue el gerente de recursos humanos, que había sido marino hace unos 20 años, quien se encargó de contarme todo y recién me enteré de la versión chilena, me hizo ver una película y desde ahí me interesé un poco más sobre asunto”. Fueron sólo unas semanas que las burlas se hicieron sentir, para el segundo mes, Luis ya era uno más de la mina.

Los primeros tres meses que duró la práctica terminaron, su desempeño fue muy bien evaluado por sus jefes que decidieron contratarlo a tiempo completo. Así, lo que se trataba de un trabajo esporádico de tres meses, se prolongó por un año y medio.

La vida en la mina fue muy dura en un principio, el estar por tanto tiempo alejado de su familia y su país le pegó duro al joven. En las noches lloraba silenciosamente al recordad a sus seres queridos, sumado a la dificultad de llevar su vida religiosa en este nuevo lugar. Además, cambiar el estilo de vida de la ciudad de la eterna primavera, un lugar donde la oscilación térmica no varía de los 17 a 25 grados y que se puede ir a mojar a la playa todos los días, por el árido frío de la cordillera de Los Andes, le hizo extrañar aún más su hogar.

Pero bastaron sólo tres meses para superar, en parte, estos problemas. Sabía que no podía volver a Perú desechando esta gran oportunidad que se le había dado, sus padres nunca lo hubieran perdonado y sería un fracaso a ojos de sus familiares. No podía hacerlo y como él dice: “debía llevar la pena como una cruz”. Además, tras compartir un tiempo con los más viejos de la mina, se enteró que existía una iglesia Adventista en la comuna de Machalí, a la cual empezó a ir con regularidad cada sábado durante todo el 2012 y parte del 2013.

La mina le dio una nueva visión del mundo, lo hizo viajar y ver paisajes que nunca en su vida habría podido experimentar si se hubiera quedado en Trujillo. Conoció la nieve y quedó perplejo al tocarla “Fue una experiencia genial, me la imaginaba de otra forma, más viscosa, qué se yo”. También subió montes y jugó al fútbol a 2.500 metros del nivel del mar. “Tengo raíces andinas, yo creo que por eso pude desarrollarme tan bien en la mina”

Sus días se iban entre el Club de Colla de Cauquenes, el lugar donde se hospedaba, la mina, Sewell, lugar donde estaban ciertas oficinas administrativas, Machalí y Rancagua, este último el destino favorito para los días de descanso.

En Rancagua, se juntaba con otros practicantes de la mina y salían a hacer actividades, no bebía por un tema religioso, pero si acompañaba a sus amigos hasta cierta hora. Forjó interesantes relaciones con los más viejos de la mina, sobre todo con Juan Valdés, un hombre de 75 años que prácticamente lo trató como a un hijo.

Fue en la mina, donde conoció el magister de la Universidad Católica: “muchos de mis jefes, me hablaban mucho de la Universidad Católica, eran egresados de ahí. Un día se me ocurrió ir a ver la universidad para ver qué tal era, pues tenía la idea de especializarme. Vine a ver, y justo había un magister que se llamaba Líderes en la Minería. Además, el gobierno de Perú había lanzado una serie de becas para post grados en el extranjero, las 400 universidades más importantes del mundo, entre las cuales estaba la Chile y la Católica”.

Por un tema religioso, Luis prefirió matricularse en la Católica, sin embargo existieron problemas con los cursos: “cuando vine a hacer el magister, era para mí, una gran oportunidad de poder especializarme en lo que me gustaba, revisé la malla curricular y había una serie de ramos que me emocionaban mucho. Sin embargo, cuando postulé a esos ramos, resultó que ya no los dictaban, de los 12 ramos que tenía que llevar, habían seis que me encantaban y esos seis no los hacían. Entonces me decepcioné, me decepcioné mucho. Al final, tuve que tomar los ramos que dictaban y en parte me agradaban, pero no era la idea”. Fue un golpe duro, pero tuvo que adaptarse a la fuerza.

Dentro de este nuevo mundo universitario, buscó compañía en los demás becarios peruanos que se encontraban haciendo su postgrado. El grupo, está compuesto por alrededor de 40 miembros, que hacen todo junto: “Somos como hermanos, hay 25 acá en la Católica y unos 15 en la Chile. Todos provenimos de hogares muy humildes y a veces somos algo acomplejados, sin embargo estar en el grupo nos ayuda a desenvolvernos mejor”.

Tienen mucha conexión con la comunidad peruana de Santiago, si bien no llegaron a Chile con el mismo fin, ni la misma condición, este grupo se nutre de sus compatriotas. Para Luis, la cultura chilena es muy fría, uniforme y rígida. No entiende por qué no hay manifestaciones

culturales propias, sino más bien lo que hay es algo medio Yankee, un abismo de lo que acostumbra en Perú: “Chile es un país un poco frío y es normal, las sociedades que tienden a desarrollarse, tienden a ser individualistas. Perú es un país muy diferente, con personas muy diferentes según la región. Mi gente, es muy diferente a la gente de Lima o de la selva, te vas a la selva y desde sus costumbres, su forma de vestir, su forma de hablar, su color, todo es diferente. Te vas a la zona andina, es diferente, es como la gente del campo. Todos son diferentes, en fin hay una variedad tal, que se vive la cultura de una manera diferente, en la mayoría de las regiones se hacen fiestas que te duran una semana, es el evento, pero acá en Chile no existe de eso”.

La vida en la Universidad Católica no fue tan diferente a lo que se esperaba: “Es una universidad que te permite ser tú, sin la rigidez que a veces uno encuentra en otras como la Chile”. Su temor era el de sufrir algún tipo de censura por su condición religiosa, nunca le había pasado, pero el solo imaginar la idea le causa terror.

Asegura, que en la universidad se ha topado con gente muy educada y abierta de mente, que este principio se logra palpar en casi todos sus compañeros. Ve en Chile un aire del primer mundo: “Esto se nota en el tráfico, el orden, la gente, no toda, pero en general es gente muy educada, te dan el paso, es una cultura que no se forma de un día al otro, lleva años haciéndose, se ve que el país lo ha interiorizado. Si tú vas a Perú, a Lima o Trujillo, te pillas con un caos, la ley de la selva, a lo mejor exagero, pero a diferencia de allá, acá es cómodo para vivir, es estable, con buenas leyes laborales, cuando estuve en El Teniente, el trabajador se siente empoderado, tiene sindicatos y las leyes los amparan, eso te da seguridad. Aparte, Chile es un país muy seguro.

Ya son las 4:00 y su clase de geología ha terminado. Ahora se aproxima a las canchas de fútbol para realizar su entrenamiento. Juega a la pelota alrededor de dos horas y cuando termina generalmente va a Independencia. Ahí, está la iglesia que más le gusta, además se rodea de peruanos y se siente por unas horas como en casa. La comida es más aliñada y las voces más dulces. Siempre cuando puede, hace este recorrido. Utiliza el Metro, y se pregunta el por qué no existe nada similar en el Perú. “Debe ser algo de los países desarrollados”, sentencia.

En Independencia conoció a María Inés, una señora de 91 años de origen peruano. Se vieron por primera vez en la iglesia y se hicieron amigos. Luis, señala que la lucidez de Inés es sorprendente, recuerda todo con precisión y habla múltiples temas con conocimiento. Le asombra tener una amiga de tan avanzada edad, pero reconoce que lo interesante está en los más viejos, son historias forjadas en tiempo que logran trasportar incluso al más incrédulo.

Sus tardes compartiendo con sus compatriotas se van rápido, hace una pequeña escala en la iglesia y parte rumbo a casa. Le falta sólo un semestre para terminar el magister, no obstante, planea quedarse trabajando en Chile, volverá al Teniente y extraerá toda la información necesaria para curtirse como ingeniero en minas. Sabe que en Perú se está desarrollando fuertemente la minería, siempre se ha hecho, pero reconoce que los conocimientos acabados sobre esta labor, están en Chile.

Llega a su casa y come algo, le cansa la comida chilena: “Es insípida, le falta aliño” se despide de sus amigos y se encierra en su pieza. Ahí, toma su biblia y selecciona un pasaje al azar. Es Marcos, el primero de los evangelios. Recuerda por unos momentos su natal Trujillo y aplaza su diaria lectura: “Mejor voy a dar una vuelta”

La cueca de Yassamine



Es 18 de septiembre y el balneario de Pichilemu está explotando en gente. Un grupo de extranjeros y chilenos han arrendado una casa para compartir y una francesa ha dado mucho de que hablar. Ella es Yassamine y acaba de iniciar su intercambio estudiantil en Chile. El Alcohol y la fiebre diciochera han hecho que esta mujer acuñe un peculiar baile que ha agradado a todos quienes lo han visto. Sus vivencias y relaciones con los chilenos siempre han sido mediadas por la fiesta y lo absurdo. Así, esta francesa ha llegado a un país de que poco conoce, de modo muy alegre. Su historia está llena de peculiares anécdotas como la de ir por 66 km sin agua en el desierto de Atacama o su intento por salvar a todos los perros quiltros.

Es 19 de septiembre y hace tres días que se celebran las fiestas patrias en la fonda de los lugareños en Pichilemu. Se siente en el ambiente los cuerpos con líquidos retenido por tres días y los ánimos son decadentes. En la fonda se ofrece de todo, anticuchos, empanadas, ropa, cosas para la cocina y alcohol, mucho alcohol.

La variedad de tragos se compone básicamente por tres bebidas predilectas: la piscola, el terremoto y la chicha. Es esta trilogía, la que ha inundado la fonda durante los últimos días. El galpón está colapsado, las mesas de plástico son atropelladas por furiosos bailarines de cumbia. La música, chillidos y polvareda, dejan en el anonimato a cualquiera de los embriagados asistentes.

Entre ellos, se ve una silueta de una mujer de 19 años. Ésta, de 1,65 metros y un cuerpo común, resalta debido a su intento, fallido, de hacer dos pasos de cueca al hilo. Sus movimientos reflejan de mala manera el pulso de este baile. Puede ser que los múltiples terremotos hayan dejado replicas en su sistema nervioso central o porque quizás cada intento es saboteado por algún atrevido asistente.

Pero no hay que ser mal pensado pues esto también se debe a que en Francia no se baila mucho la cueca, de hecho no se baila para nada. Pero poco le importa, Yassamine Grupper, que junto a un grupo de amigos chilenos ha estado hace tres días tratando de aprender a emular la gallina.

Parece que fue entre las 4:35 y las 5 de la mañana, bien la hora no importó mucho. Unos dijeron que fue mientras sonaba “La consentida” pero los que recuerdan mejor dicen que fue con “No me quiero ir a dormir” de Amar azul. Sea lo que sea, todos concuerdan en lo mismo, fue a altas horas de la madrugada cuando esta joven francesa, envalentonada, se subió al escenario y, a su estilo, mostró cuál era su interpretación del baile nacional de este país.

Lo que ocurriría después ya es de antología. Los que aún estaban en pie dentro de la fonda, empezaron a copiar lo que la francesa estaba haciendo en el escenario. Las carcajadas, gritos e incluso insultos, volaron de todos los extremos hacia la mujer, quien por su parte no mostró interés alguno. Su mente y movimientos eran frenéticos. Nunca, hasta ese entonces, alguien había mostrado tal apropiación de este baile.

Fue luego de que el ayudante del Dj decidiera echarla abajo del escenario, que sus amigos se acercaron y le hicieron saber la proeza que recién había hecho. Fue en este tercer día de fonda, que nació el “Yassamove”, movimiento que acompañó a la joven durante los seis meses que duró su intercambio estudiantil en Chile.

Ya al día siguiente y con la resaca evidenciándose de manera corporal, la joven empieza nuevamente a hilar las palabras. Cuenta que la idea de venir a Chile se debió más que nada a la posición geográfica de este país, que según ella, es ideal para realizar viajes por la región. Además ya estaba en segundo año de cine en la *Université Sorbonne Nouvelle* y se le dio la posibilidad cerrar el semestre en el extranjero: “Siempre quise visitar América del sur, pero no sabía exactamente bien donde quería ir. Primero pensé en Argentina, pero no habían muchas universidades con cursos de cine que tuvieran relación con la mía, solo me quedó la opción entre Chile y Colombia. Finalmente me decidí por venir a Chile, porque los cursos son más interesantes y por la posición geográfica también. Es más fácil viajar”.

Fue en agosto del 2013 cuando Yassamine puso su primer pie en Latinoamérica. Su primera percepción de Chile se vio altamente influenciada por los amigos que volvían a Francia luego de un intercambio acá. Ellos señalaban lo “Occidental” de Santiago en comparación a las demás ciudades del continente. También, la aparente “seguridad” de este país tranquilizó al padre de Yassamine.

Además, ya tenía donde quedarse, pues un amigo le recomendó buscar alojamiento en la página web www.compartetudepto.cl. Así, desde Francia se puso en contacto con el propietario y reservó una pieza por tres meses. Al llegar, se juntó con *Pepe*, el dueño del departamento, el mismo quien fue a buscarla al aeropuerto y la llevó a lo que sería su casa durante el intercambio

Allí conoció a Azura, una joven Alemana de origen filipino que también se encontraba cursando un semestre en el extranjero. Esa misma tarde ambas recorrieron los sitios turísticos clásicos que ofrece la capital: Cerro Santa Lucía, Parque Forestal, Biblioteca Nacional y La Moneda. Ninguna de las dos estaba al tanto, que ese día habían conocido a quien se convertiría en la compañera de viajes por Latinoamérica.

Todavía es temprano y comienzan a despertar los compañeros de juerga, hay unos pálidos y otros que rehúsan mostrar su rostro sin lentes y gorra. Azura, quien despertó hace poco, le recuerda de su hazaña el día anterior y ambas ríen.

El departamento que comparten en la capital se encuentra ubicado en Santiago centro, a pocos metros de la casa central de la Universidad Católica, donde Yassamine cursa la carrera de Comunicación Audiovisual. Al vivir en el centro, todo le queda a mano, cosa que no ocurría en su lugar de origen: “Al vivir en un pueblo cerca de París, todos los días para ir a estudiar tenía que ir en coche o hacer *Autostop*, luego tomar el tren y finalmente caminar hacia mi facultad, lo que me hacía perder mucho tiempo. Lo mismo para cualquier cosa que necesitara en mi pueblo, todo se resuelve viajando a París, cosa que no me gusta. Lo que cambia aquí (Chile) es que estoy dentro de la ciudad y todo lo hago en pocos minutos. Tengo el *super* o la universidad a pasos de mi casa. Es mucho más fácil vivir así”

Su hogar en Francia, es muy diferente al de Chile. De partida, su casa está en un pueblo llamado Saint-Léger, a las afuera de París y vive junto a toda su familia. Ella describe a este lugar como “un pueblo muy chico, tan chico que no hay nadie”. Su casa la componen el padre y sus tres hermanos, Azadee, Shirzane y Rostam, de su madre, no le gusta hablar, baja la vista y acaricia a un perro que se le postra en los pies. Luego de unos segundos levanta la cabeza nuevamente y con una sonrisa cuenta: “Me sorprende mucho esto de los perros de la calle sin dueño. Allá (Francia) si hay, pero viven junto a la gente que vive en la calle, tienen dueños. Existen sitios para los perros y los gatos que no tienen dueño para que no les pase nada. Pero es increíble acá, cada cinco metros hay un perro.”

Yassmine admite que es floja, que no hace mucho más que ir a clases y dormir. De repente estudia, pero lo que sí, es que gracias a su carrera ve muchas películas. Antes de venir a pasar las fiestas patrias a Pichilemu, vio un documental que le llamó mucho la atención, este era sobre el golpe de Estado en Chile: “era sobre el golpe, lo vimos por internet y era bastante viejo, no sabía mucho, había leído algo antes de venir pero no le di mucha importancia. El día 11 fui con una compañera de curso a La Moneda, porque escuchamos que iban a ver cosas, pero nos sorprendimos que no hubo nada”, reflexiona sentada mirando a la casa de al frente, toma un paquete de mate y le pide a Pepe que se lo prepare: “yo no sé de esto” lanza con una sonrisa.

Su grupo ya está definido, se compone por los miembros de su hogar en Chile, Azura y Pepe, sumado a un par de amigos de este último. Los chilenos adoran a las dos muchachas, afirman que estar con ellas es como carretear “con un hombre más”. Dicen también, que siempre están riéndose y viendo la vida con mucho humor.

Su buena onda con los chilenos no siempre fue así, al principio cuando llegó le costó mucho hacer amistades dentro de sus compañeros de clase: “Fue difícil llevarme con los chilenos cuando llegué, todos ya se conocían y estaban ya cerrados en su grupo. Fue poco a poco que fui conociendo más personas. Además, no mucha gente de intercambio elige cine en la Católica”. De hecho, fueron tres los alumnos extranjeros que eligieron esa carrera para realizar sus cursos, quienes por un acto de supervivencia se agruparon y forzaron su amistad.

Esto, le causa algo de risa a Yassamine, quien reconoce que aquellas amistades solo se tradujeron en ir reiteradamente al barrio Bellavista. Sin embargo, también reconoce que el estar descubriendo un nuevo país, hace que uno tenga que encontrar nuevas amistades en todos lados y que esto, al final, te trae muy buenos resultados.

“Me ha dado hambre, pero me da *lata* ir a comprar ¿quién quiere ir?” Todos se ríen ante la reina de la fonda. Las palabras le fluyen como si el español fuera su lengua natal, cuenta que en su colegio había cursos que enseñaban bien este idioma, pero fue en España que acuñó de manera prolija ésta lengua. A esto, sus amigos la interpelan y le dicen que cuente la verdad, ella se ríe y lanza: “La verdad es que todos los años voy España, mi padre posee una casa de verano en una isla al sur de la península”. Pero no solo queda ahí, el español que utiliza rápidamente es invadido con algún gentilicio propio de este país, sus favoritos son “Al tiro” “te tinca” y “fome” sumado a su frase predilecta “¿Hay pisco?”.

El aire marino le ha dado una nueva vitalidad, se recupera poco a poco de la resaca y empieza a orquestar salidas a recorrer el pueblo. Cuenta que en Chile no ha vivido ningún gran miedo, señala que carretea de noche y se devuelve en locomoción colectiva: “La micro es mucho mejor que en Francia, pasa toda la noche y eso es muy buena cosa. La gente siempre me ha dicho que uno se tiene que cuidar porque a veces puede ser peligroso, pero a mí nunca me ha pasado nada”. Dice que el único susto que ha sentido durante toda su estadía en Chile, ocurrió sólo unos días atrás, mientras trataba de hacer Surf en Punta de Lobos: “traté de surfear, pero

las olas casi me ahogan”. Ya los amigos han decidido un lugar para comer y el grupo poco a poco se pone en marcha.

No sería justo decir que en Pichilemu en estas fechas no cabe ni un alfiler, porque siendo franco, ni eso entra. Tras recorrer un par de cuadras, el grupo reflexiona sobre su condición y en un breve debate deciden optar por comer unos tallarines en la cabaña.

A la vuelta, sacan de una bolsa plástica, dos paquetes de tallarines. Ante esto Yasmine ríe y dice: “es raro esto de las bolsas de plástico, en Francia, hay muchos lugares donde uno tiene que pagar para usarlas. Son muy dañinas para el medio ambiente y por eso en estos últimos años si las quieres usar te obligan a pagar. Y tampoco te proponen envolverte las cosas por una propina, parece que tienen una obsesión por las bolsas de plástico”, afirmación que es respaldada Azura: “en Berlín tampoco la usamos, son caras y uno debe llevar su propio bolso. No entiendo como hay tantas acá”, ahí aparecen los amigos chilenos y empiezan a bromear con el acento de ambas mujeres. “Siempre se ríen de mí, es chistoso” afirma Yasmine.

Los días en Pichilemu pasan rápido, la experiencia de haber estado en ese lugar y en ese momento, marca a Yasmine, quien se muestra profundamente tocada por el “Ambiente deciochero”. Recuerda a la gente y como parecía que durante una semana todo el país dejaba de hacer cosas para ir a tomar y bailar. El trato de las personas siempre fue buenísimo y mientras se prepara para su próximo viaje hace un pequeño racconto de lo que vivió.

Ya con el año académico terminado año y haber aprobado todos los cursos, se alista para su próximo destino. Ahora Perú y Bolivia son el objetivo y junto a Azura planean llegar viajando en bus desde Santiago. Es una travesía dura, pero la joven confiesa que ese era el fin último de la experiencia de intercambio: “Yo vine con la idea de conocer nuevas cosas, ver nuevos paisajes y todo. Viajar mucho, lo más que pueda en el continente”.

Sólo quedan tres días para iniciar el viaje y muestra algo de pena por la gente que dejará atrás: “Hice muchos amigos acá, fue mi hogar durante seis meses y me encariñé con mis amigos. Sé que ellos no pueden viajar conmigo, deben trabajar y todo eso, pero si sirve de consuelo, los invitaré el próximo año a que vayan a mi pequeño pueblo”, afirma.

Hicieron escala en San Pedro y decidieron quedarse unos días. Conocieron a Percival mediante couchsurfing, una aplicación que te muestra quienes están dispuestos a darte

alojamiento gratis donde estés. Percival, quien resultó ser un guía turístico, las invitó a un paseo en Bicicleta que resultó ser una de las experiencias más abrumadoras que ambas vivieron en Chile: “Nos llevó a un paseo a la Laguna Cejar y a los Ojos del Salar en bici. Hicimos 66 km a pura bicicleta, bajo el sol del desierto, quemándonos, con poca agua y casi nada para la vuelta. Llegamos muertas, mi amiga quedó muy mal y la tuve que llevar al hospital. Luego de hacer ese “paseo”, todo nos pareció muy fácil luego en el viaje, decíamos siempre "nada que ver con los 66 km de Atacama"”.

Hace más de ocho días que no responde ninguno de sus mensajes. La usual charla semanal por Skype con su papá, no se ha efectuado debido a que en la selva Boliviana es muy difícil conseguir conexión de internet. Sus fotos en Facebook evidencian que se ha armado un nuevo grupo, dos argentinos y una australiana, sumado a Azura. Estas fotos, también afirman que ha mostrado su “Yassamove” a la gente que se le ha topado. Una especie de reproducción cultural de una cueca mal bailada. Los amigos en Chile gozan con los videos de nuevas personas tratando de emular este baile, la francesa se ha vuelto una especie de misionero de la hibridación de su experiencia.

Cuando retoma el contacto, muestra que sigue perfeccionando su español, solo que mientras más tiempo viaja, su acento se vuelve más neutro, palabras como “bacán”, “gallo” y “cachai” ya no forman parte de su léxico. Su chilenización se fragmenta cada día más. En sus viajes se ha topado con un par de chilenos, pero afirma que: “han sido pesados, no te dejan mucho hablar”. Ya su experiencia de intercambio en Chile, se funde con lo que ha estado conociendo en estos nuevos países.

Ya su viaje por Latinoamérica ha acabado, es 2014 y ha sido traída de vuelta a su realidad. La rutina de viajes entre Saint-Léger y París, la vuelve loca. La cotidianidad francesa, “fome” como la describe, no es suficiente para ella. A penas terminó el semestre, fue a trabajar un tiempo a España. Afirma que lo aprendido en Chile la ayudó a conseguir un mejor puesto. Pero eso tampoco bastaba. Para el año nuevo, Pepe y Azura la fueron a visitar. El trío se puso de acuerdo para realizar un gran viaje por Latinoamérica.

Así en febrero del 2015, Yasamine vuelve al continente que la ha marcado. Ahora con un poco más de dinero, pasa por los países que no ha conocido. En su mapa hay una cruz sobre Colombia, Ecuador, Argentina y Uruguay. Sin embargo, como ella señala: “no pude resistir

la tentación de volver a Santiago”, fue por tres días y justo coincidió con la fecha de su cumpleaños. Allí confiesa que: “me sentí como en casa” .todos los que la habían conocido fueron a la fiesta. Había pasado un año, pero la gente seguía igual. Todos celebraron y en una especie de tributo, realizaron el paso que hizo famosa a Yassamine. “Fue como si nunca me hubiera ido”

Fútbol y fiestas



Cristóbal Larraín, alias el “Larry” llega a Chile después de un año en Laredo Texas. Ganador de una beca deportiva, pasó el 2014 y parte del 2015 vistiendo los colores de la Texas A&M International University. Sin embargo, si bien su razón de estar allá era la de jugar fútbol, prontamente el sueño se vio destruido por constantes actos de indisciplina y roces con sus compañeros. Así, el vacío de no hacer lo que supuestamente debía, se llenó en los excesos. Fiestas, racismo, narcotráfico y el constante choque cultural que se da en el borde, hacen que este chileno de clase alta pruebe la dura realidad de muchos extranjeros en suelo norteamericano.

Es viernes por la tarde y hace días que se están pronosticando lluvias en la capital. El viento que corre por avenida los Trapenses de la comuna de Lo Barnechea hace que las hojas caídas de los diferentes árboles que repletan la calle generen un chillido al rasguñar el pavimento. Son miles las que azotan el camino y el clima parece no ceder.

Este lugar es muy diferente a la gran mayoría de los barrios en Chile, sus calles son anchas y sus veredas no evidencian desgaste alguno. Las personas apenas caminan por ellas, además ninguna casa da a la calle, sino son enormes condominios enrejados los que sirven como primera fachada de los hogares, todos ellos vigilados por empresas de seguridad que emulan a la policía.

Entrando en uno de esos resguardados condominios ubicado en el Golf de Manquehue, a unas cuadras de Los Trapenses, soy sometido a un breve cuestionario por el guardia uniformado “¿A qué viene? ¿Dónde viene? y ¿Cuál es su nombre?” ante estas interrogantes develo mis intenciones y el guardia toma un teléfono y marca a la casa 26g. Tras un rápido intercambio de palabras, él me indica con el dedo cual es la casa y continúo mi rumbo.

Al entrar al condominio, me encuentro con una pequeña ciudad de casa todas iguales. Todas del mismo color y el mismo tamaño. Son cientos. Al caminar, me voy percatando que el condominio también cuenta con subdivisiones enrejadas. Así al llegar a la calle donde se encuentra la casa 26g me topo con un gran portón de acero y en este un cartel que sale “26A-26H” al lado de un timbre.

La lluvia ya empieza a caer y el acertijo de este nuevo portón me deja inquieto. Trato de resolver el problema apretando un botón reiteradas veces, pero este no hace más que emitir un ruido opaco. Trato de hacer la espera fumando un cigarrillo, pero el aguacero que cae del cielo prontamente me lo apaga.

No se ve a nadie. Si no fuera por la luz que emite la caseta del guardia a la distancia uno pensaría que esto está abandonado. Sigo apretando el botón sin aparente resultado y luego de unos minutos la puerta chilla y me abre el paso.

Unos metros más allá aparece una silueta de una gabardina sobre un cuerpo atlético, es alto y de color claro, es a quien busco, Cristobal Larrain Puntí alias “el Larry”. Me saluda y me

da un pequeño abrazo. Viste la última moda norte americana y luce uno de esos cortes de pelo de futbolista, corto a los lados y largo y peinado en la parte superior de la cabeza.

Noto que al saludarme, hay una amalgama de acentos en sus palabras, es un poco centro americano, con dejos chilenizados doblados al español por una empresa internacional de doblajes y subtítulos. Es curioso esto que pasa con ciertos chilenos, se van por unos meses y su acento muta, como si éste te diera una especie de carta de presentación de los lados que uno ha visitado. Bueno, esto le ocurrió al Larry, ya hablaba con un acento extraño y sólo llevaba un año afuera.

Me invitó a pasar a su casa, es su primer día de vuelta en Chile y ha preparado una fiesta para encontrarse con sus amigos. Fue en mayo del 2014 que ganó la beca deportiva de la *Texas A&M international University*, ubicada en Laredo, al sur de Texas. Si bien siempre ha jugado fútbol, fue en la Universidad del Desarrollo donde curtió su velocidad y golpe al balón. Fue gracias a estas habilidades que logró postular a la beca y ganársela.

Ir a Laredo a jugar fútbol, le pareció en un principio el sueño del pibe, “te pagan, te alojan, te dan de comer y tú solo haces los goles”. Nunca había estado sólo en otro país, si bien había viajado, pero siempre con su familia, nunca de esta manera, nunca sólo.

Así fue que en junio del 2014, que el viaje comenzó. Sus padres y sus dos hermanas se encargaron de despedirlo en el aeropuerto Arturo Merino Benítez. En ese entonces, sus expectativas eran altas, no conocía donde quedaba Laredo, ni como lucía la ciudad, pero algo sabía de Estados Unidos, que eran malos para el fútbol y que la gente era gringa.

Pero al llegar se dio cuenta de que estaba muy alejado de la realidad, pues lo que no sabía era que Laredo es una de las ciudades más al sur de Estados Unidos, por lo tanto la inmigración latina en la ciudad es gigantesca. Además, está a solo 12 km de Nueva Laredo, cuartel general del cartel de los “Zetas” en el norte de Mexico. Las ciudades son separadas por un muro, que día a día es patrullado por los *Rangers* de Texas, una de las policías más racistas que actualmente tiene operaciones en el mundo.

Pero el *Larry* obviaba todo esto, no sabía de los chicanos, ni de las transacciones de droga, ni de las guerras narcóticas, ni de los *Rangers* de Texas, ni de los problemas geopolíticos que

inundan a Laredo. Al fin y al cabo, poco sabía del lugar que sería su hogar por el próximo año.

Julio fue un mes para la adaptación, si bien las clases comenzaban a fines de agosto, en julio le ofrecieron un curso de nivelación para entrar a *Buisness* en la universidad. Tomó el ramo y el mes se diluyó entre clases y el *Dorm*, un edificio donde duermen los alumnos.

Ya en agosto, fue citado a jugar fútbol. Esa era su principal razón de estar allá, su verdadero fin, todo lo demás eran detalles al margen. Su equipo se conformaba en un sesenta por ciento en latinos de segunda o tercera generación, nombres como Robinson Rodríguez o Michael Pavez, eran la norma. El resto, correspondía a becarios de todo el mundo, desde Senegal hasta Tonga. Una aleación de etnias. Por ende, la única verdad que compartían cada uno de los miembros del equipo era que todos poseían un nivel futbolístico de primera y que para ganarse un puesto uno debía prácticamente morir en la cancha.

Ganar la titularidad fue una proeza difícilísima. El doctor Ronald Espósito, director técnico del equipo, jugaba un fútbol sumamente defensivo, “ratón” como le diríamos en ésta parte del mundo. Fue gracias a este fútbol conservador, que las frustraciones de Larry empezaron a brotar. La poca agresividad y órdenes de manejar la pelota a pelotazos, hizo que en un partido, el Larry, perdiera la cabeza.

El encuentro iba en el minuto 77 y la Universidad de *Austin* les acababa de empatar tras un cabezazo pivoteado. Ronald, tras ver este gol, decidió sacar a su único delantero por un defensa, armar una línea de seis y llevarse un mísero puntito a la casa. Esta decisión fue ignorada por Larry, que ante ésta demostración del anti fútbol, decidió inspirarse en los dioses del balón y ganar, por sí solo, el partido.

Lástima que la decisión del Larry fue la equivocada, pues en uno de sus intentos de ataque, dejó mal parada a su defensa y la universidad de *Austin* le marcó el fatídico 1-2. Esto desató la furia de Ronald, marginando al chileno del plantel oficial, era septiembre y su carrera de futbolista ya estaba hecha trizas.

Ante la depresión de ver como todo se había esfumado en cosas de segundos, hizo lo único que le quedó para matar el tiempo, irse de fiesta. La marginación duró alrededor de dos meses y ese tiempo lo vivió en diversos clubes nocturnos y fiestas universitarias.

Los chilenos son buenos para carretear, son diferentes según Larry: “acá se toma y se toma hartito, pero no son tan escandalosos o *Drama Queen* como son los gringos, allá toman poco pero cuando lo hacen queda la escoba, lloran o se van a los combos al tiro. No tienen cabeza para el trago” y de esto se dio cuenta rápido, pues ya salir a festejar con gringos era algo demasiado intenso, inmaduro y difícil.

Además, salir a carretear en Laredo es peludo, la noche la manejan los narcos y generalmente terminan las cosas en balacera. Una vez, Larry junto a Tronquito, un amigo venezolano que juega de medio campo ofensivo o mejor dicho de “diez”, estaban dentro de un club de salsa. Mientras dejaban en la pista sus quiebres de cadera que hacen de los latinos ser tan cotizados en América del norte, afuera empezó una balacera. Fueron dos bandas rivales que se encontraron haciendo la fila para el club, al toparse frente a frente, soltaron las balas frente a todos. Larry cree haber estado una hora de pecho al suelo, no hubo muertos, pero sí heridos.

Hubo otra vez, que por sacar a bailar a la mujer incorrecta sufrió la intimidación de un narco, era en otro club y por hacerse el bonito con la mujer más linda del local, llegó una especie de vaquero en drogas y le mostró un arma: “ con ella no güerito”. Larry reconoce que casi se caga y se fue de la fiesta.

Fue tras estas malas experiencias, que cambió la vida nocturna del centro por las seguras fiestas en la universidad. Eran del estilo de American Pie, ese tipo de fiestas desenfundadas que uno comúnmente ve en alguna película barata norteamericana. Al Larry le encantaban, estuvo alrededor de un mes visitando todo evento que se hizo en la universidad, no importaba si fuera domingo, feriado o día de luto, Larry carreteaba como si no hubiera mañana. Su grupo, que principalmente eran chicos provenientes de Venezuela, Colombia y Argentina, era comúnmente visto en todo tipo de fiestas.

Todo fue bien, hasta que una vez, después de seguir parrandeando hasta las seis de la mañana, un escuadrón de *Rangers* irrumpió en la casa. Eran cuatro y estaban armados, al ver que la mayor cantidad era latinos, comenzaron a arrestar a todos. Larry, tontamente, se puso a hablar con la policía, a lo mejor la papa en la boca también funcionaba con ese tipo de policías. Penosamente, el oficial pensó que sus palabras eran insultantes y lo golpeó. Fueron todos llevados a la comisaría y se les infringió una multa por desórdenes.

El moretón en el pómulo duró unos días, pero éste se volvió una medalla de su desenfreno. No obstante, tras dos meses de suspensión, el DT Ronald, decidió incluir al Larry nuevamente en la plantilla. Esta vez, jugaría como púgil del equipo oficial, sumaría tiempo y jugaría al fútbol, no de la manera que quería, pero algo es algo.

Fue en ese tiempo que llegó Sergi González, un petulante español que le hizo la vida imposible. Para Sergi, que Larry fuera su púgil y además “Sudaca” era algo que necesitaba hacérselo saber, los insultos racistas se volvieron pan de cada día. No hubo momento, que el delantero no le recordara sus orígenes y su actual condición, el símil entre la población mexicana inmigrante y Larry se volvió constante.

“Indocumentado” su palabra favorita, cayó sobre el chileno como un peso fatal. Para Larry, que hasta ese entonces creía haber tenido la sangre azul, se sintió enormemente humillado por el español, por primera vez en su vida experimentaba la discriminación y la única solución a esta era la violencia.

Fue así, que un día, luego de terminar el entrenamiento el grupo se fue a las duchas. Ahí, Sergi se mostró molesto que Larry se le sentara al lado para cambiarse, ante los reclamos del español, el chileno saltó y lo encaró “Deja de romperme las hueas” le gritó en un tono furioso, en eso el grupo empieza a vaticinar el conflicto que está a punto de estallar. Sergi, se levantó y empujó a Larry, que en esto toma un cinturón y le da un chicotazo con la hebilla. Larry que solo tenía sus calzoncillos puestos, lanza un grito desgarrador, pone su antebrazo sobre su cara y se acerca al español, mientras los latigazos golpean su cuerpo. Deben haber sido cuatro o cinco que le llegaron de lleno. Sin embargo, el combo que le puso al español en la cara, fue el más bello que ha lanzado en toda su vida. El resto de la pelea fue agarrones y mordeduras. Fue Ronald, quien los separó con un balde de agua fría.

El incidente, le costó nuevamente ser puesto al margen del equipo, “al 9 del equipo no se le pega” lanzó Ronald furioso. Larry, nuevamente deprimido se lanza a carretear para llenar sus días sin fútbol. Fue durante este momento de decadencia que tuvo su peor experiencia.

Luego de armar una fiesta privada en su pieza junto a un amigo y dos mujeres, llegó la policía. El problema, era que una de las dos muchachas tenía 19 años, por ende, no podía beber alcohol, cosa que sí había estado haciendo durante toda la noche. Tomaron a Larry detenido

y pasó el fin de semana en el calabozo, ahí le tocó vivir con chicanos que estaban por asesinato. Fue la experiencia más tenebrosa que este joven había tenido jamás.

Luego de pagar la fianza, fue condenado a servicio comunitario, alrededor de 160 horas de trabajos voluntarios. Tuvo que limpiar carreteras, visitar ancianos, servir comida a los desposeídos e incluso ser juez de un torneo de box amateur.

Esta experiencia hizo que el joven se alejara de la mala vida, del exceso y las fiestas. Fue en uno de estos trabajos comunitarios que conoció a María Fernanda Martínez, una joven de padres mexicanos que vive en Laredo. Se conocieron, luego de que Larry estuviera limpiando un parque. Ella, egresada de psicología, paseaba a su perro y Larry, que tenía el mismo perro en Santiago, le metió conversa y se hicieron amigos.

Desde ahí fueron cinco salidas hasta que se enamoraron y se formalizaron de novios. El resto es una historia no tan interesante, es de amor y ya se han hecho muchas películas contando esto, no hay nada nuevo ello.

Luego de unos meses de ausencia, el nuevo Cristóbal volvió a jugar para el plantel de Ronald tras una huelga de brazos caídos por parte de sus amigos. La mayoría no soportaba al español y lo sabotearon. Ronald decidió mandarlo lejos e incluir al Larry nuevamente en la oncenena titular “Es tu última oportunidad de brillar” y el chileno bien lo sabía.

Tuvo juego en cancha y obedeció al director técnico. Los últimos meses de Larry se los pasó entre viajes dentro de USA, el fútbol y su novia. Ahora volvió a Chile por las vacaciones, pero sabe que tendrá que volver, su nueva vida lo espera allá.

Ya han llegado la mayoría de los amigos de Larry a su casa, me invita un trago y me dice que me quede. Tengo cosas que hacer, por lo que me despido y salgo al frío del condominio. Camino hacia la puerta y me alejo pensando entre risas “Como alguien puede ser tan loco para azotar con un cinturón a otro”.

Epílogo

El propósito de estas crónicas de viajes de intercambio fue hacer una aproximación a una forma de construir identidades que se ha hecho cada vez más común en nuestro mundo global y desigual. La perspectiva abordada fue la “experienciar la vida cotidiana” y las culturas en las que estos estudiantes-viajeros se han movido por el mundo, teniendo a Chile como principio o fin.

Esta investigación pretendió abordar, desde episodios e historias mínimas, un fenómeno cada vez más masivo: la llegada de estudiantes de intercambio a las universidades chilenas y el proceso inverso. Estos jóvenes visitan el país por un tiempo determinado (entre seis meses y un año) y las experiencias desarrolladas influyen en su identidad y en su entorno, el entorno de comienzos del siglo XXI..

Este relato requiere una activa participación reflexiva del lector en el sentido de complejizar el viaje del intercambio a través de experiencias que hablan de estudios, trabajo, fiestas, enfermedades, vacaciones, entre otras escenas de las vidas cotidianas que no quedan dibujadas en los libros de clase ni en los pasaportes arrugados.

No se quiso escribir aquí una explicación ni dilucidar los por qué de este estos viajes cada vez más extendidos a nivel mundial. Si quisimos entrar en este presente de jóvenes que, desde una situación privilegiada, luchan contra sus prejuicios y quieren aprender más de la vida, aprovechando la modernidad que les ha tocado vivir.

Esperamos abrir un interés por investigar este fenómeno social por parte de distintas disciplinas. Por otro lado y paralelamente, invitamos a las personas a sumarse a estas vivencias y convivir con todas las ganancias culturales que de aquí se pueden obtener. No es necesario viajar de intercambio para tener esta experiencia, más bien es integrarla dentro de las posibilidades de vivencias diarias ya que es muy probable que al mirar a nuestro alrededor encontremos a algún viajero en intercambio y, de una u otra forma, veamos en él o ella una posibilidad de futuro.

Agradecimientos

Los autores de este trabajo agradecen especialmente a casa uno de los entrevistados por compartir un espacio de su experiencia e intimidad con nosotros y los lectores que puedan revisar estas vivencias.

No podemos dejar de recordar a nuestra profesora Ximena Póo, guía y sustento emocional y teórico de esta investigación que se extendió por casi tres años. Sin lugar a dudas esto nos permitió crecer periodísticamente debido a la utilización de la crónica como arma y al trato con los entrevistados.

Nuestro equipo de trabajo partió con tres integrantes en 2013, pero posteriormente Federico Sepúlveda –el tercero a bordo en un principio- se inspiró con los intercambios estudiantiles y se fue a República Checa por dos años, por lo que no pudimos continuar la misión juntos. A él también agradecemos habernos inspirado para seguir con todos estos relatos, viando con todos ellos.